

## El Bautismo del Señor (ciclo C)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))
- SAN AMBROSIO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))
- FRANCISCO – Catequesis 2014 y Homilía 2015
- BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus, 2007-2010-2013
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))
- FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))
- PALABRA Y VIDA ([www.palabrayvida.com.ar](http://www.palabrayvida.com.ar))
- BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))
  - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
  - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
  - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))
- Rev. D. Joan BUSQUETS i Masana (Sabadell, Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))

\*\*\*

### DEL MISAL MENSUAL

#### AQUÍ ESTA TU DIOS

El atrevimiento y la convicción del Segundo Isaías es total, se anima a gritar con todas sus letras un mensaje provocador: Dios está llegando de forma patente, incentivando la confianza de las personas desesperanzadas. El profeta asocia la llegada de Dios con la entrega de un salario y una recompensa. El mensaje es claro: Dios no deja “colgado de la brocha” a cuantos se arriesgan en favor de su proyecto de salvación. En la misma tónica resuena el mensaje del profeta del Jordán. Dios apura los mecanismos de juicio y discernimiento y dará a cada cual su merecido, ya no prosperarán los sinvergüenzas, ni se quedarán ufanos los verdugos ni los cínicos. Israel no puede alabar a Dios y continuar pisoteando a la gente débil, que no tiene medios para defenderse. Dios visita a su pueblo para encaminarlo a una verdadera renovación de sus prácticas, valores y creencias.

#### ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Mt 3, 16-17

*Inmediatamente después de que Jesús recibió el bautismo, se abrieron los cielos y el Espíritu Santo se posó sobre Él en forma de paloma, y resonó la voz del Padre que decía: “Éste es mi Hijo amado, en quien he puesto todo mi amor”.*

*Se dice Gloria.*

#### ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso y eterno, que proclamaste solemnemente a Jesucristo como tu Hijo muy amado, cuando, al ser bautizado en el Jordán, descendió el Espíritu Santo sobre Él, concede a tus hijos de adopción, renacidos del agua y del Espíritu Santo, que se conserven siempre dignos de tu complacencia. Por nuestro Señor Jesucristo...

## **LITURGIA DE LA PALABRA**

### **PRIMERA LECTURA**

*Se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán.*

**Del libro del profeta Isaías: 40, 1-5. 9-11**

“Consuelen, consuelen a mi pueblo, dice nuestro Dios. Hablen al corazón de Jerusalén y díganle a gritos que ya terminó el tiempo de su servidumbre y que ya ha satisfecho por sus iniquidades, porque ya ha recibido de manos del Señor castigo doble por todos sus pecados”.

Una voz clama: “Preparen el camino del Señor en el desierto, construyan en el páramo una calzada para nuestro Dios. Que todo valle se eleve, que todo monte y colina se rebajen; que lo torcido se enderece y lo escabroso se allane. Entonces se revelará la gloria del Señor y todos los hombres la verán”. Así ha hablado la boca del Señor.

Sube a lo alto del monte, mensajero de buenas nuevas para Sión; alza con fuerza la voz, tú que anuncias noticias alegres a Jerusalén. Alza la voz y no temas; anuncia a los ciudadanos de Judá: “Aquí está su Dios. Aquí llega el Señor, lleno de poder, el que con su brazo lo domina todo. El premio de su victoria lo acompaña y sus trofeos lo anteceden. Como pastor apacentará su rebaño; llevará en sus brazos a los corderitos recién nacidos y atenderá solícito a sus madres”. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

### **SALMO RESPONSORIAL**

*Del salmo 103, lb-2. 3-4. 24-25. 27-28. 29-30*

**R/. Bendice al Señor, alma mía.**

Bendice al Señor, alma mía; Señor y Dios mío, inmensa es tu grandeza. Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. **R/.**

Por encima de las aguas construyes tu morada. Las nubes son tu carro; los vientos, tus alas y mensajeros; y tus servidoras, las ardientes llamas. **R/.**

¡Qué numerosas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con maestría! La tierra está llena de tus creaturas, y tu mar, enorme a lo largo y a lo ancho, está lleno de animales pequeños y grandes. **R/.**

Todos los vivientes aguardan que les des de comer a su tiempo; les das el alimento y lo recogen, abres tu mano y se sacian de bienes. **R/.**

Si retiras tu aliento, toda creatura muere y vuelve al polvo. Pero envías tu espíritu, que da vida, y renuevas el aspecto de la tierra. **R/.**

### **SEGUNDA LECTURA**

*Él nos salvó mediante el bautismo, que nos regenera y nos renueva, por la acción del Espíritu Santo.*

**De la carta del apóstol san Pablo a Tito: 2, 11-14; 3, 4-7**

Querido hermano: La gracia de Dios se ha manifestado para salvar a todos los hombres y nos ha enseñado a renunciar a la vida sin religión y a los deseos mundanos, para que vivamos, ya desde

ahora, de una manera sobria, justa y fiel a Dios, en espera de la gloriosa venida del gran Dios y salvador, Cristo Jesús, nuestra esperanza. Él se entregó por nosotros para redimirnos de todo pecado y purificarnos, a fin de convertirnos en pueblo suyo, fervorosamente entregado a practicar el bien.

Al manifestarse la bondad de Dios, nuestro salvador, y su amor a los hombres, Él nos salvó, no porque nosotros hubiéramos hecho algo digno de merecerlo, sino por su misericordia. Lo hizo mediante el bautismo, que nos regenera y nos renueva, por la acción del Espíritu Santo, a quien Dios derramó abundantemente sobre nosotros, por Cristo, nuestro salvador. Así, justificados por su gracia, nos convertiremos en herederos, cuando se realice la esperanza de la vida eterna. **Palabra de Dios. Te alabamos, Señor.**

### **ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Lc 3, 16**

**R/. Aleluya, aleluya.**

Ya viene otro más poderoso que yo, dijo Juan el Bautista; Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. **R/.**

### **EVANGELIO**

*Después del bautismo de Jesús, el cielo se abrió.*

**Del santo Evangelio según san Lucas: 3, 15-16. 21-22**

**E**n aquel tiempo, como el pueblo estaba en expectación y todos pensaban que quizá Juan el Bautista era el Mesías, Juan los sacó de dudas, diciéndoles: “Es cierto que yo bautizo con agua, pero ya viene otro más poderoso que yo, a quien no merezco desatarle las correas de sus sandalias. Él los bautizará con el Espíritu Santo y con fuego”.

Sucedió que entre la gente que se bautizaba, también Jesús fue bautizado. Mientras éste oraba, se abrió el cielo y el Espíritu Santo bajó sobre Él en forma sensible, como de una paloma, y del cielo llegó una voz que decía: “Tú eres mi Hijo, el predilecto; en ti me complazco”. **Palabra del Señor. Gloria a ti Señor Jesús.**

*Se dice* **Credo**

### **PLEGARIA UNIVERSAL**

*Oremos, hermanos a nuestro Salvador, que quiso ser bautizado para santificar nuestro bautismo y renovar por él al hombre caído, y pidámosle que se compadezca de quienes ha querido que fueran sus hermanos:*

- 1.** Para que Cristo, el Siervo de Dios, en quien el Padre se complace, mire con amor a todos los que se preparan para el bautismo o la confirmación o pre-paran el bautismo de sus hijos, *roguemos al Señor.*
- 2.** Para que Cristo, el Elegido de Dios, para llevar el derecho a las naciones, ilumine a los que buscan a Dios con sinceridad de corazón, les haga oír la voz potente y magnífica del Padre, que los llama a escuchar a su Hijo amado, y los conduzca hacia el bautismo, *roguemos al Señor.*
- 3.** Para que Cristo, el Enviado del Padre, que no quiebra la caña resquebrajada ni apaga la mecha que aún humea conceda la salud a los que viven oprimidos por el diablo, *roguemos al Señor.*
- 4.** Para que Cristo, el Hijo amado, que quiso ser bautizado en el Jordán para dar fuerza a nuestro bautismo, nos haga descubrir y amar la grandeza del bautismo cristiano, don del amor de Dios a los hombres, *roguemos al Señor.*

*Padre todopoderoso, que haces resonar tu voz magnífica en las aguas del bautismo y en la unción de la confirmación, escucha nuestras oraciones y concede a los bautizados cumplir fielmente las promesas de su bautismo y ser testigos valientes de la fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.*

### **ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS**

Acepta, Señor, los dones que te presentamos en la manifestación de tu Hijo muy amado, para que la oblación de tus hijos se convierta en el mismo sacrificio de aquel que quiso en su misericordia lavar los pecados del mundo. El, que vive y reina por los siglos de los siglos.

### **PREFACIO**

#### **El Bautismo del Señor.**

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno. Porque mostraste en el Jordán con signos admirables el misterio del nuevo bautismo, para que por aquella voz, venida del cielo, creyéramos que tu Palabra ya estaba habitando en nosotros y, por el Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma, se supiera que Cristo, tu Siervo, era ungido con óleo de alegría y enviado a anunciar el Evangelio a los pobres. Por eso, a una con los coros de ángeles, te alabamos continuamente en a tierra, aclamando sin cesar: Santo, Santo, Santo...

### **ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Jn 1, 32. 34**

*Éste es aquél de quien Juan decía: Yo lo he visto y doy testimonio de que Él es el Hijo de Dios.*

### **ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN**

Saciados con estos sagrados dones, imploramos, Señor, tu clemencia, para que, escuchando fielmente a tu Unigénito, nos llamemos y seamos de verdad hijos tuyos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

**UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO.-** Cuando revisamos los diarios y encontramos reportajes de la violencia o de los índices de pobreza que no ceden, podemos experimentar cierta sensación de desamparo. Pareciera que las salidas se agotan y que el margen de maniobra para modificar todo aquello que degrada las condiciones de vida de las personas se acorta. La desesperanza campea por todas partes, produciendo individualistas furibundos que persiguen su propio bienestar a costa del país y de los otros. Escasa solidaridad y escasa confianza en los demás. Las figuras proféticas siguen siendo indispensables, son nuestros críticos implacables, como Juan el Bautista y como Jesús de Nazaret, y a la vez son nuestros pedagogos que nos alientan a vivir en clave de esperanza. Los retos son enormes, pero el amor a la vida, a las personas, a la creación entera son un acicate para salir de nuestra zona de confort y buscar la mejor para nosotros y para nuestra comunidad.

---

### **BIBLIA DE NAVARRA ([www.bibliadenavarra.blogspot.com](http://www.bibliadenavarra.blogspot.com))**

#### **Preparad el camino del Señor (Is 40,1-5.9-11)**

##### **1a. lectura**

Se inicia aquí una sección del libro de Isaías (40,1 – 48,22) que tiene como referencia inmediata la vuelta de los desterrados de Babilonia, que es presentada como un «nuevo éxodo». Si el éxodo de Egipto es el prototipo de todas las intervenciones que ha hecho Dios en favor de su pueblo, ahora se habla de otro, que es «nuevo» porque el poder con el que actúa el Señor, Creador de todas

las cosas, supera a lo manifestado en el antiguo. La noticia de la liberación inminente supone un gran consuelo para el pueblo. Así se dice desde el principio y se reitera en los oráculos que siguen. Por eso, esta parte del libro de Isaías suele denominarse «Libro de la Consolación», y ha sido entendida como figura y anticipo de la consolación que traerá Cristo: «La verdadera consolación, alivio y liberación de los males humanos es la Encarnación de nuestro Dios y Salvador» (Teodoreto de Ciro, *Commentaria in Isaiam* 40,3).

Con solemnidad, una voz anónima proclama el consuelo de parte del Señor (vv. 1-5). La misma voz pide al profeta que también él grite y pregone la perenne vitalidad de la palabra de Dios y su mensaje de la salvación (vv. 6-11).

Los oráculos se dirigen a los habitantes de Jerusalén deportados en Babilonia. Cuando se pronuncian han pasado ya varias décadas desde que ellos o sus padres fueron forzados a abandonar la ciudad santa. Tras ese tiempo de sufrimientos y separación, su culpa ha sido expiada con creces. Llega el momento de disponerse para emprender, con la ayuda del Señor, el camino de regreso. A lo largo de toda la sección se habla de ese viaje. La voz que habla en nombre del Señor infunde ánimos: no será un camino duro, sino que encontrarán un sendero despejado que los llevará ante la Gloria del Señor. Como en el éxodo de Egipto, en el «camino» de Babilonia hacia Jerusalén el poder de Dios se va a manifestar con prodigios. Las palabras de la voz misteriosa que invita a emprender la marcha avivan la esperanza de los que regresaban a la tierra prometida. Los cuatro Evangelios ven cumplidas estas palabras en el ministerio de Juan Bautista, que es la voz que grita en el desierto: «Preparad el camino del Señor» (cfr v. 3). En efecto, Juan, con su llamada a la conversión personal y al bautismo de penitencia, prepara el camino para encontrar a Jesús (cfr Mt 3,3; Mc 1,3; Lc 3,4; Jn 1,23), a quien los Evangelios confiesan como «el Señor» (cfr v. 3). Por su parte, Juan Bautista es el heraldo, el «precursor»: «Por este motivo, aquella voz manda preparar un camino para la Palabra de Dios, así como allanar sus obstáculos y asperezas, para que cuando venga nuestro Dios pueda caminar sin dificultad. *Preparad un camino al Señor*: se trata de la predicación evangélica y de la nueva consolación, con el deseo de que la salvación de Dios llegue a conocimiento de todos los hombres» (Eusebio de Cesarea, *Commentaria in Isaiam* 40,366). De ahí que, en la tradición cristiana, «Juan es “más que un profeta” (Lc 7,26). En él, el Espíritu Santo consuma el “hablar por los profetas”. Juan termina el ciclo de los profetas inaugurado por Elías (cfr Mt 11,13-14). Anuncia la inminencia de la consolación de Israel, es la “voz” del Consolador que llega (Jn 1,23; cfr Is 40,1-3)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 719).

En la segunda parte del oráculo, la voz anónima pide al profeta que hable en nombre del Señor (vv. 6-8). Los proyectos meramente humanos tienen una vigencia limitada, sólo la palabra de Dios permanece. Seguramente hay en esa voz una alusión al poder de Babilonia, que pasa como «flor silvestre» cuando «sopla el aliento del Señor», porque se había alzado contra la bondad de Dios. En el mensaje que ha de transmitir al pueblo se habla de confianza en el poder de Dios, que no llega para devastar sino para cuidar amorosamente y recompensar al pueblo que está a su cuidado (vv. 9-11). Aparece por primera vez la imagen del «rebaño» referida al pueblo de Dios, una de las varias figuras utilizadas en la Sagrada Escritura para expresar la atención amorosa de Dios a su pueblo (cfr Jr 23,3; Ez 34,1ss.; Sal 23,4) y que la tradición cristiana utiliza para exponer el misterio de la Iglesia: «La Iglesia, en efecto, es el *redil* cuya puerta única y necesaria es Cristo (Jn 10,1-10). Es también el rebaño cuyo pastor será el mismo Dios, como Él mismo anunció (cfr Is 40,11; Ez 34,11-31). Aunque son pastores humanos quienes gobiernan a las ovejas, sin embargo es Cristo mismo el que sin cesar las guía y alimenta; Él, el Buen Pastor y Cabeza de los pastores (cfr Jn 10,11; 1 P 5,4), que dio su vida por las ovejas (cfr Jn 10,11-15)» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 6).

\*\*\*

## Ha aparecido la gracia de Dios a todos los hombres (Tt 2,11-14)

### 2a. lectura

La acción de la gracia divina manifestada en la Encarnación tiene eficacia redentora: es portadora de salvación, además de fuente de santificación, al educar para un comportamiento moral recto. Las obligaciones descritas manifiestan un estilo de vida cristiana (v. 12) fundado en la esperanza (v. 13). Es Cristo quien con su obra redentora ha logrado que podamos tener tal vida y esperanza.

En la Eucaristía, alimento del alma, recibimos la gracia para vivir así y la celebramos «*expectantes beatam spem et adventum Salvatoris nostri Jesu Christi* (“mientras esperamos la gloriosa venida de Nuestro Salvador Jesucristo”: MR, *Embolismo después del Padre Nuestro*; cfr Tt 2, 13), pidiendo entrar “en tu reino, donde esperamos gozar todos juntos de la plenitud eterna de tu gloria; allí enjugarás las lágrimas de nuestros ojos, porque, al contemplarte como tú eres, Dios nuestro, seremos para siempre semejantes a ti y cantaremos eternamente tus alabanzas, por Cristo, Señor Nuestro” (MR, *Plegaria Eucarística 3,128: oración por los difuntos*)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1404).

El v. 14 es bello resumen de la doctrina de la Redención. Se señalan cuatro elementos esenciales: donación que Cristo hizo de Sí mismo; redención de toda iniquidad; purificación; y apropiación del pueblo. La entrega de Cristo es una alusión al sacrificio voluntario de la cruz (cfr Ga 1,9; 2,20; Ef 5,2; 1 Tm 2,6), mediante el cual nos ha librado de la esclavitud del pecado; el sacrificio de Cristo es la causa de la libertad de los hijos de Dios, de modo análogo a como la acción de Dios operó la liberación del pueblo de Israel en el éxodo, constituyéndolo en pueblo de su propiedad (cfr Ex 19,4-6). Con la nueva Alianza de su sangre, Jesucristo hace de la Iglesia su pueblo elegido, llamado a incorporar a todas las naciones: «Así como al pueblo de Israel, según la carne, peregrinando por el desierto, se le designa ya como Iglesia, así el nuevo Israel, que caminando en el tiempo presente busca la ciudad futura y perenne, también es designado como Iglesia de Cristo, porque fue Él quien la adquirió con su sangre, la llenó de su Espíritu y la dotó de los medios apropiados de unión visible y social» (Conc. Vaticano II, *Lumen gentium*, n. 9).

\*\*\*

## Bautismo de Jesús (Lc 3,15-16.21-22)

### Evangelio

Los cuatro evangelios recogen la actividad del Bautista que precedió la vida pública de Cristo.

Juan recuerda que él no es el Mesías, pero que éste está al llegar y que vendrá con el poder de juez supremo, propio de Dios, y con una dignidad que no tiene parangón humano (vv. 15-16): «Aprended del mismo Juan un ejemplo de humildad. Le tienen por Mesías y niega serlo; no se le ocurre emplear el error ajeno en beneficio propio. (...) Comprendió dónde tenía su salvación; comprendió que no era más que una antorcha, y temió que el viento de la soberbia la pudiese apagar» (S. Agustín, *Sermones* 293,3).

El Bautismo de Jesús es narrado por los tres evangelios sinópticos. También se encuentran alusiones a él en el *Evangelio de San Juan* (Jn 1,29-34) y en los *Hechos de los Apóstoles* (Hch 1,5; 10,38). En todos se presenta como el comienzo del ministerio, o mejor, como la preparación

inmediata a su vida pública. Su significación es muy rica: es la manifestación (*epifanía*) de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios, y la aceptación y la inauguración de su misión de «Siervo doliente» (cfr nota a Mt 3,13-17). Para los hombres representa también el signo de la reconciliación del mundo con Dios (cfr nota a Mc 1,13-17). Este acontecimiento, la adoración de los Magos (Mt 2,11) y el primer milagro que hizo el Señor en las bodas de Caná (Jn 2,11) constituyen las tres primeras manifestaciones solemnes de la divinidad de Cristo; como tales se evocan en la liturgia de la solemnidad de la Epifanía: «Veneremos este día santo, honrado con tres prodigios: hoy, la estrella condujo a los Magos al pesebre; hoy, el agua se convirtió en vino en las bodas de Caná; hoy, Cristo fue bautizado por Juan en el Jordán, para salvarnos. Aleluya» (Liturgia de las Horas, *Antífona del Magnificat 2ª vísperas*).

---

**SAN AMBROSIO ([www.iveargentina.org](http://www.iveargentina.org))**

### **El Bautismo del Señor**

*Y aconteció, al tiempo que todo el pueblo era bautizado, que, habiendo sido también bautizado y estando en oración, se abrió el cielo, y descendió el Espíritu Santo en figura corporal a manera de paloma sobre El, y una voz vino del cielo: Tú eres mi Hijo amado; en ti me agradé. El Señor ha sido, pues, bautizado: No quería El ser purificado, sino purificar las aguas, a fin de que, limpias por la carne de Cristo, que jamás conoció el pecado, tuviesen el poder de bautizar. Así el que viene al bautismo de Cristo deja allí sus pecados. Bellamente el evangelista San Lucas se ha propuesto resumir lo que habían dicho los otros y ha dado a entender que el Señor fue bautizado por Juan, más que dejarlo expresado. En cuanto a la causa de este bautismo del Señor, el mismo Señor nos lo explica con estas palabras: *Déjame hacer ahora, pues así nos cumple realizar plenamente toda justicia (Mt 3,15)*.*

Habiendo hecho tanto Dios por un favor divino, que, para la edificación de su Iglesia, después de los patriarcas, de los profetas y de los ángeles, descendiese el Hijo Unigénito de Dios y viniese al bautismo, ¿no reconoceremos nosotros con cuánta verdad y divinamente se ha dicho de la Iglesia: *Si el Señor no edifica su casa, en vano trabajan los que la construyen?* No hay que extrañarse que el hombre no pueda edificar si no puede custodiar: *Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la guardan* (Sal 162,1). Por mi parte me atrevo a decir aún que el hombre no puede andar en un camino si el Señor no le ha precedido antes; así está escrito: *Marcharás en pos del Señor tu Dios* (Deut 13,4) y *el Señor es el que conduce los pasos del hombre* (Prov 20,24). Finalmente, aquél, más perfecto, que comprendía que sin el Señor no podía marchar, ha dicho: *Enseñadme vuestros caminos* (Sal 24,4). Y, para venir a la historia —pues no debemos sacar sólo la simple serie de los hechos, sino también ordenar nuestras acciones conforme lo que está escrito—, de Egipto salió el pueblo. Ignoraba el camino que conducía a la Tierra santa; Dios envía una columna de fuego a fin de que, durante la noche, conociera el pueblo su camino; envió también durante el día una columna de nubes para que no se desviasen ni a derecha ni a izquierda. Mas no eres tal, ¡oh hombre!, que merezcas también tú una columna de fuego; tú no tienes a Moisés; no tienes el signo; pues ahora, que ha venido el Señor, se exige la fe y son retirados los signos. Teme al Señor y cuenta sobre el Señor; pues *el Señor enviará a sus ángeles en torno de los que le temen y los librará* (Sal 33,8). Observa atentamente que siempre el poder del Señor colabora con los esfuerzos del hombre, de suerte que nadie puede construir sin el Señor, nadie custodiar sin el Señor ni emprender cosa alguna sin el Señor. Por eso, según el Apóstol: *Ora comáis, ora bebáis, hacedlo todo a la gloria de Dios* (1 Cor 10,31), en el nombre de nuestro Señor Jesucristo; pues en dos epístolas nos prescribe obrar: en una, *en el nombre de nuestro Señor Jesucristo* (Col 3,17), y en otra, *a la gloria de Dios*, para que

entiendas que el Padre y el Hijo tienen la misma gloria y el mismo poder, que no existe diferencia alguna en cuanto a la divinidad entre el Padre y el Hijo, que, para ayudarnos, no están en desacuerdo. David me enseñó que nadie sin el Señor construye la casa ni guarda la ciudad.

Moisés me ha enseñado que nadie más que Dios ha hecho el mundo; pues *al principio hizo Dios el cielo y la tierra* (Gen 1,1). Igualmente me ha enseñado que Dios creó al hombre con su trabajo, y no sin motivo ha escrito: *Hizo Dios al hombre del barro de la tierra y le sopló en su rostro un soplo de vida* (ibíd., 2,7), para que adviertas la actividad de Dios en la creación del hombre como una especie de trabajo corporal. Me ha enseñado también que Dios ha hecho a la mujer: pues *Dios infundió un sueño a Adán y se durmió, y tomó Dios una costilla de su costado y la llenó de carne, Y el Señor transformó en mujer la costilla que tomó de Adán* (ibíd., 2,21ss). No en vano, he dicho, Moisés ha mostrado a Dios trabajando en la creación de Adán y Eva como con manos de carne. Para el mundo, Dios ordena que sea hecho y fue hecho, y por esta sola palabra indica la Escritura que la obra del mundo fue acabada; al venir al hombre, el profeta ha cuidado de mostrarnos, por decirlo así, las manos mismas de Dios en el trabajo.

Este trabajo de Dios en estas obras me obliga a entender aquí yo no sé qué cosas más de las que leo. El Apóstol viene en ayuda de mi aturdimiento, y lo que yo no entendía qué era: Hueso de mis huesos y carne de mi carne y ésta se llamará mujer, porque ha sido tomada del varón, me lo ha revelado en el Espíritu Santo, diciendo: *Esto es un gran misterio. ¿Qué misterio? Porque serán los dos en una sola carne, y dejará el hombre a su padre y a su madre, para unirse a su mujer, y porque nosotros somos miembros de su cuerpo, hechos de su carne y de sus huesos* (Ef 5,30.32). ¿Quién es este hombre por el cual ha de dejar la mujer a sus padres? La Iglesia ha dejado a sus padres, ha reunido a los pueblos de la gentilidad, a la cual se ha dicho proféticamente: *Olvida a tu pueblo y la casa de tus padres* (Sal 44,11). ¿Por qué hombre? ¿No será por Aquel del cual ha dicho Juan: *Detrás de mí viene un hombre que ha sido hecho antes que yo?* (Jn 1,30). De su costado, mientras dormía, Dios ha tomado una costilla; pues él mismo es el que durmió, descansó y resucitó, porque el Señor lo levantó. ¿Cuál es su costilla, sino su poder? Pues en el mismo momento en que un soldado abrió su costado, al instante salió agua y sangre, que se derramó para la vida del mundo (Jn 19,34). Esta vida del mundo es el costado de Cristo, el costado del segundo Adán; ya que *el primer Adán fue alma viviente, el segundo espíritu vivificante* (1 Cor 15,45); el segundo Adán es Cristo, el costado de Cristo es la vida de la Iglesia. *Nosotros somos, pues, miembros de su cuerpo, hechos de su carne y de sus huesos* (Ef 5,30). Y tal vez éste es el costado del cual se ha dicho: *Yo siento un poder que sale de mí* (Lc 8,46); ésta es la costilla que salió de Cristo, y no ha disminuido su cuerpo; pues no es una costilla corporal, sino espiritual, ya que el espíritu no se divide, sino que divide a cada uno según su agrado (1 Cor 12,11). He aquí a Eva, madre de todos los vivientes. Si entiendes: *Buscas al que vive entre los muertos* (Lc 24,5), entiendes que están muertos los que están sin Cristo, que no participan de la vida; es decir, que no participan de Cristo, pues Cristo es vida. La madre de los vivientes es, pues, la Iglesia que Dios ha construido teniendo por piedra angular al mismo Jesucristo, en el cual toda estructura compacta se levanta para formar un templo (Ef 2,20).

Que Dios venga, pues; que cree a la mujer: aquélla para la ayuda de Adán, ésta para Cristo; no porque Cristo tenga necesidad de una auxiliar, sino porque nosotros buscamos y deseamos ir a la gracia de Cristo por la Iglesia. Ahora la mujer es construida, ahora es formada, ahora toma figura, ahora es creada. Por eso la Escritura ha adoptado una expresión nueva, que nosotros somos edificadas sobre el fundamento de los apóstoles y los profetas (Ef 2,20). Ahora la casa espiritual se levanta para un sacerdocio santo (1 Petr 2,5). Ven, Señor Dios, forma esta mujer, construye la ciudad. Que venga también tu siervo; pues yo creo en tu palabra: *El mismo edificará para mí la ciudad* (Is 44,13).



He aquí a la mujer, madre de todos; he aquí la mansión espiritual, he aquí la ciudad que vive eternamente, pues no sabe morir. Es la ciudad de Jerusalén, que ahora se ve en la tierra, pero que será transportada por encima de Elías —Elías era una unidad—, transportada por encima de Enoch, de cuya muerte nada se encuentra; pues *fue arrebatado para que la maldad no cambiase su corazón* (Sab 4,11), mientras que ésta es amada por Cristo como gloriosa, santa, inmaculada, sin arruga (Ef 5,27). ¡Y cuánto todo el cuerpo no tiene más títulos que el ser elevado! Tal es en efecto la esperanza de la Iglesia. Será ciertamente transportada, elevada y conducida al cielo. He aquí que Elías fue transportado en un carro de fuego, y la Iglesia será transportada. ¿No me crees? Cree al menos a Pablo, en el cual ha hablado Cristo. *Nosotros, dice, seremos arrebatados sobre las nubes al aire hacia el encuentro del Señor y así siempre estaremos con el Señor* (1 Tes 4,17).

Para construida (la Iglesia) han sido enviados muchos: han sido enviados los patriarcas, los profetas, el arcángel Gabriel; innumerables ángeles se han aplicado a esa misión, y la multitud de los ejércitos celestiales alababa a Dios porque se acercaba la construcción de esta ciudad. Muchos han sido enviados, mas sólo Cristo la ha construido; en verdad no está solo, porque está presente el Padre, y, si El sólo la construye, no reivindica para sí solo el mérito de tal construcción. Se ha escrito del templo de Dios que construyó Salomón, y que figuraba a la Iglesia, que eran setenta mil los que transportaban sobre sus espaldas y ochenta mil los canteros (2 Sam 3). Que vengan los ángeles, que vengan los canteros, que tallen lo superfluo de nuestras piedras y pulimenten sus asperezas; que vengan también los que las llevan sobre sus espaldas; pues está escrito: *Serán llevados sobre las espaldas* (Is 49,22).

Vino, pues, a Juan —pues lo demás lo conocéis—. Vino al bautismo de Juan. Mas el bautismo de Juan llevaba consigo el arrepentimiento de los pecados. Y por eso se lo impide Juan, diciendo: *Yo debo ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?* (Mt 3,14). ¿Por qué vienes a mí tú, que no tienes pecado? Debe ser bautizado el que es pecador, más el que no ha cometido pecados, ¿por qué habría de pedir un bautismo de penitencia? *Deja por el momento* —es decir, mientras construyo la Iglesia—, *pues así nos cumple realizar toda justicia* (ibíd., 15). ¿Qué es la justicia, sino la misericordia?, pues *Él ha distribuido, ha dado a los pobres, su justicia permanece eternamente* (Sal 111,9). Él me ha dado a mí, pobre, me ha dado a mí, indigente, la gracia que antes no tenía: su justicia permanece eternamente. ¿Qué es la justicia, sino que tú comiences primero lo que quieres que otro haga y animar a los demás con tu ejemplo? ¿Qué es la justicia, sino que, habiendo tomado carne, lejos de excluir como Dios la sensibilidad o los servicios de la carne, triunfó de la carne como hombre, para enseñarme a triunfar de ella? Pues me ha enseñado de qué manera yo podría dar a esta carne, sujeta a los vicios de la tierra, la sepultura en cuanto a los crímenes y la renovación de las virtudes.

¡Oh providencia verdaderamente divina en la misma humillación del Señor! Pues cuanto más profundo ha sido su abatimiento más divina ha sido su providencia. Dios se entrega por el exceso de sus injurias; y para el empleo de sus remedios, no tiene El necesidad de ningún remedio, se afirma Dios. ¿Hay cosa más divina, para llamar a los pueblos, que nadie rehúya el bautismo de gracia, cuando el mismo Cristo no ha rehuido el bautismo de penitencia? Nadie se considere exento de pecado cuando Cristo ha venido para remedio de los pecadores. Si Cristo se bautizó por nosotros, más aún, si nos bautizó en su cuerpo, ¿cuánto más debemos lavar nuestros delitos? ¿Qué obra más grande, qué mayor misterio muestra a Dios, aunque Dios esté en todos, que éste: a través del mundo entero donde se ha diseminado la raza y el género humano, a través de las distancias y de los espacios que separan los países, en un momento, en un solo cuerpo, Dios quita el fraude del antiguo error y derrama la gracia del Reino de los cielos? Uno sólo ha sido sumergido, pero ha levantado a todos; uno descendió para que todos ascendiesen, uno recibió los pecados, para que en El fueran

lavados los pecados de todos. *Purificaos*, dice el apóstol (Sant 4,8), puesto que ha sido purificado por nosotros Aquél que no tiene necesidad de purificación. Estas cosas para nosotros.

Ahora consideremos el misterio de la Trinidad. Decimos que Dios es uno, mas alabamos al Padre y alabamos al Hijo. Pues, cuando se ha escrito: *Amarás al Señor, tu Dios, y a Él sólo servirás* (Deut 10,20), el Hijo ha declarado que no está solo, al decir: *Mas yo no estoy solo, pues mi Padre está conmigo* (Jn 16,32). En este momento tampoco está El solo: pues el Padre da testimonio de su presencia. Está presente el Espíritu Santo; pues nunca la Trinidad puede ser separada: *El cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo, en figura corporal, a manera de paloma*. ¿Cómo, pues, dicen los herejes que Él está solo en el cielo, cuando no lo está en la tierra? Prestemos atención al misterio. ¿Por qué como una paloma? Es que para la gracia del bautismo se requiere la simplificación, de suerte que nosotros seamos simples como palomas (Mt 10,16). La gracia del bautismo requiere la paz, que, según la figuración antigua, una paloma la llevó al arca, que sola se salvó del diluvio. Lo que figuraba esta paloma, lo he aprendido de Aquel que ahora se ha dignado descender bajo la figura de una paloma: Él me ha enseñado que por este ramo y por esta arca eran figuradas la paz y la Iglesia, y que, en medio de los cataclismos del mundo, el Espíritu Santo lleva a su Iglesia la paz fructuosa. También me lo ha enseñado David cuando, al ver en una inspiración profética el misterio del bautismo, ha dicho: *¿Quién me dará alas como a la paloma?* (Sal 54,7).

El Espíritu Santo ha venido; mas estad atentos al misterio. Ha venido a Cristo, pues, *todo ha sido creado por El y subsiste en El* (Col 1,16). Observa la benevolencia del Señor, que solo se ha sometido a las afrentas y solo Él no ha buscado el honor. ¿Y cómo ha construido la Iglesia? *Yo rogaré al Padre, dice, y os dará otro Consolador, que esté con vosotros perpetuamente: El Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, -porque no le ve ni le conoce* (Jn 14,16-17). Con razón, pues, se ha mostrado corporalmente, pues en la sustancia de su divinidad no se le ve.

Nosotros hemos visto al Espíritu Santo, pero bajo una forma corporal. Veamos también al Padre. Más, como no podemos verle, escuchémosle. Pues está allí como Dios bienhechor; no dejará a su templo; quiere construir toda alma y darla forma para la salvación; quiere transportar las piedras vivas de la tierra al cielo. Ama a su templo, y nosotros amémosle. Amar a Dios es observar sus mandamientos; amarle es conocerle, pues *el que dice que le conoce y no guarda sus mandamientos es mentiroso* (1 Jn 2,4). ¿Cómo se puede amar, en efecto, a Dios si no se ama la verdad, siendo Dios la verdad? (ibíd., 5,6).

Escuchemos, pues, al Padre; pues el Padre es invisible. Pero el Hijo es igualmente invisible en su divinidad, pues *nadie ha visto jamás a Dios* (Jn 1,18); pues siendo el Hijo Dios, en tanto que es Dios, no se ve el Hijo. Mas Él ha querido mostrarse en un cuerpo; y como el Padre no tiene cuerpo, quiso probar que está presente en el Hijo, al decir: *Tú eres mi Hijo, en ti me he complacido*. Si quieres aprender que el Hijo está siempre presente con el Padre, lee la palabra del Hijo que dice: *Si subo al cielo, allí estás; si desciendo al abismo, allí estás presente* (Sal 133,8). Si deseas el testimonio del Padre, lo has oído de Juan: ten confianza en aquel a quien Cristo se ha confiado para ser bautizado, ante el cual el Padre ha acreditado al Hijo con una voz venida del cielo, al decir: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he complacido*.

¿Dónde están los arrianos, a los que desagrada este Hijo en el cual se complace el Padre? Esto no lo digo yo ni lo ha dicho hombre alguno; pues Dios no lo ha manifestado por un hombre, ni por los ángeles, ni por los arcángeles, sino que el mismo Padre lo ha indicado con la voz venida del cielo. Por lo demás, el mismo Padre lo ha repetido, al decir: *Este es mi Hijo muy amado, en el cual me he complacido; escuchadle* (Mt 17,5); sí, escuchadle cuando dice: *Mi padre y yo somos una misma cosa* (Jn 10,30). No creer en el Hijo es, pues, no creer en el Padre. Testigo es El del Hijo. Si se duda del

Hijo, tampoco se cree en el testimonio paterno. En fin, cuando dice: *En el cual me he complacido*, no alaba cosa ajena en su Hijo, sino lo suyo. ¿Qué es decir: *En el cual me he complacido*, sino que todas las cosas que tiene el Hijo son mías, como el Hijo dice: *Todas las cosas que tiene el Padre son mías* (Jn 16,15). El poder de una divinidad sin diferencia hace que no exista diversidad entre el Padre y el Hijo, sino que el Padre y el Hijo tienen parte en un mismo poder. Creamos al Padre, cuya voz dejaron oír los elementos; creamos al Padre, a cuya voz prestaron los elementos su ministerio. El mundo ha creído en los elementos, crea también en los hombres; ha creído por los objetos inanimados, crea también por los vivientes; ha creído por lo que es mudo, crea también por aquellos que hablan; ha creído por esto que no tiene inteligencia, crea también por los que han recibido la inteligencia para conocer a Dios.

*(Tratado sobre el Evangelio de San Lucas (I), nn. 83-95, BAC, Madrid, 1966, pp. 135-145)*

---

## **FRANCISCO – Catequesis 2014 y Homilía 2015**

### **Catequesis del 8 de enero de 2014**

#### **El Bautismo es un acto que toca en profundidad nuestra existencia**

*Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!*

Hoy iniciamos una serie de catequesis sobre los Sacramentos, y la primera se refiere al Bautismo. Por una feliz coincidencia, el próximo domingo se celebra precisamente la fiesta del Bautismo del Señor.

El Bautismo es el sacramento en el cual se funda nuestra fe misma, que nos injerta como miembros vivos en Cristo y en su Iglesia. Junto a la Eucaristía y la Confirmación forma la así llamada «Iniciación cristiana», la cual constituye como un único y gran acontecimiento sacramental que nos configura al Señor y hace de nosotros un signo vivo de su presencia y de su amor.

Puede surgir en nosotros una pregunta: ¿es verdaderamente necesario el Bautismo para vivir como cristianos y seguir a Jesús? ¿No es en el fondo un simple rito, un acto formal de la Iglesia para dar el nombre al niño o a la niña? Es una pregunta que puede surgir. Y a este punto, es iluminador lo que escribe el apóstol Pablo: «¿Es que no sabéis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte? Por el Bautismo fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 3-4). Por lo tanto, no es una formalidad. Es un acto que toca en profundidad nuestra existencia. Un niño bautizado o un niño no bautizado no es lo mismo. No es lo mismo una persona bautizada o una persona no bautizada. Nosotros, con el Bautismo, somos inmersos en esa fuente inagotable de vida que es la muerte de Jesús, el más grande acto de amor de toda la historia; y gracias a este amor podemos vivir una vida nueva, no ya en poder del mal, del pecado y de la muerte, sino en la comunión con Dios y con los hermanos.

Muchos de nosotros no tienen el mínimo recuerdo de la celebración de este Sacramento, y es obvio, si hemos sido bautizados poco después del nacimiento. He hecho esta pregunta dos o tres veces, aquí, en la plaza: quien de vosotros sepa la fecha del propio Bautismo, que levante la mano. Es importante saber el día que fui inmerso precisamente en esa corriente de salvación de Jesús. Y me permito daros un consejo. Pero más que un consejo, una tarea para hoy. Hoy, en casa, buscad, preguntad la fecha del Bautismo y así sabréis bien el día tan hermoso del Bautismo. Conocer la fecha de nuestro Bautismo es conocer una fecha feliz. El riesgo de no conocerla es perder la memoria de lo que el Señor ha hecho con nosotros; la memoria del don que hemos recibido. Entonces acabamos por

considerarlo sólo como un acontecimiento que tuvo lugar en el pasado —y ni siquiera por voluntad nuestra, sino de nuestros padres—, por lo cual no tiene ya ninguna incidencia en el presente. Debemos despertar la memoria de nuestro Bautismo. Estamos llamados a vivir cada día nuestro Bautismo, como realidad actual en nuestra existencia. Si logramos seguir a Jesús y permanecer en la Iglesia, incluso con nuestros límites, con nuestras fragilidades y nuestros pecados, es precisamente por el Sacramento en el cual hemos sido convertidos en nuevas criaturas y hemos sido revestidos de Cristo. Es en virtud del Bautismo, en efecto, que, liberados del pecado original, hemos sido injertados en la relación de Jesús con Dios Padre; que somos portadores de una esperanza nueva, porque el Bautismo nos da esta esperanza nueva: la esperanza de ir por el camino de la salvación, toda la vida. Esta esperanza que nada ni nadie puede apagar, porque, la esperanza no defrauda. Recordad: la esperanza en el Señor no decepciona. Gracias al Bautismo somos capaces de perdonar y amar incluso a quien nos ofende y nos causa el mal; logramos reconocer en los últimos y en los pobres el rostro del Señor que nos visita y se hace cercano. El Bautismo nos ayuda a reconocer en el rostro de las personas necesitadas, en los que sufren, incluso de nuestro prójimo, el rostro de Jesús. Todo esto es posible gracias a la fuerza del Bautismo.

Un último elemento, que es importante. Y hago una pregunta: ¿puede una persona bautizarse por sí sola? Nadie puede bautizarse por sí mismo. Nadie. Podemos pedirlo, desearlo, pero siempre necesitamos a alguien que nos confiera en el nombre del Señor este Sacramento. Porque el Bautismo es un don que viene dado en un contexto de solicitud y de compartir fraterno. En la historia, siempre uno bautiza a otro y el otro al otro... es una cadena. Una cadena de gracia. Pero yo no puedo bautizarme a mí mismo: debo pedir a otro el Bautismo. Es un acto de fraternidad, un acto de filiación en la Iglesia. En la celebración del Bautismo podemos reconocer las líneas más genuinas de la Iglesia, la cual como una madre sigue generando nuevos hijos en Cristo, en la fecundidad del Espíritu Santo.

Pidamos entonces de corazón al Señor poder experimentar cada vez más, en la vida de cada día, esta gracia que hemos recibido con el Bautismo. Que al encontrarnos, nuestros hermanos puedan hallar auténticos hijos de Dios, auténticos hermanos y hermanas de Jesucristo, auténticos miembros de la Iglesia. Y no olvidéis la tarea de hoy: buscar, preguntar la fecha del propio Bautismo. Como conozco la fecha de mi nacimiento, debo conocer también la fecha de mi Bautismo, porque es un día de fiesta.

\*\*\*

### **Catequesis del 15 de enero de 2014**

#### **El Bautismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios**

*Queridos hermanos y hermanas:*

El miércoles pasado hemos comenzado un breve ciclo de catequesis sobre los Sacramentos, comenzando por el Bautismo. Y en el Bautismo quisiera centrarme también hoy, para destacar un fruto muy importante de este Sacramento: el mismo nos convierte en miembros del Cuerpo de Cristo y del Pueblo de Dios. Santo Tomás de Aquino afirma que quien recibe el Bautismo es incorporado a Cristo casi como su mismo miembro y es agregado a la comunidad de los fieles (cf. *Summa Theologiae*, III, q. 69, a. 5; q. 70, a. 1), es decir, al Pueblo de Dios. En la escuela del Concilio Vaticano II, decimos hoy que el Bautismo nos hace entrar en el Pueblo de Dios, nos convierte en miembros de un Pueblo en camino, un Pueblo que peregrina en la historia.

En efecto, como de generación en generación se transmite la vida, así también de generación en generación, a través del renacimiento en la fuente bautismal, se transmite la gracia, y con esta

gracia el Pueblo cristiano camina en el tiempo, como un río que irriga la tierra y difunde en el mundo la bendición de Dios. Desde el momento en que Jesús dijo lo que hemos escuchado en el Evangelio, los discípulos fueron a bautizar; y desde ese tiempo hasta hoy existe una cadena en la transmisión de la fe mediante el Bautismo. Y cada uno de nosotros es un eslabón de esa cadena: un paso adelante, siempre; como un río que irriga. Así es la gracia de Dios y así es nuestra fe, que debemos transmitir a nuestros hijos, transmitir a los niños, para que ellos, cuando sean adultos, puedan transmitirla a sus hijos. Así es el Bautismo. ¿Por qué? Porque el Bautismo nos hace entrar en este Pueblo de Dios que transmite la fe. Esto es muy importante. Un Pueblo de Dios que camina y transmite la fe.

En virtud del Bautismo nos convertimos en discípulos misioneros, llamados a llevar el Evangelio al mundo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 120). «Cada uno de los bautizados, cualquiera que sea su función en la Iglesia y el grado de ilustración de su fe, es un agente evangelizador... La nueva evangelización debe implicar un nuevo protagonismo» (ibid.) de todos, de todo el pueblo de Dios, un nuevo protagonismo de cada uno de los bautizados. El Pueblo de Dios es un Pueblo discípulo —porque recibe la fe— y misionero —porque transmite la fe—. Y esto hace el Bautismo en nosotros: nos dona la Gracia y transmite la fe. Todos en la Iglesia somos discípulos, y lo somos siempre, para toda la vida; y todos somos misioneros, cada uno en el sitio que el Señor le ha asignado. Todos: el más pequeño es también misionero; y quien parece más grande es discípulo. Pero alguno de vosotros dirá: «Los obispos no son discípulos, los obispos lo saben todo; el Papa lo sabe todo, no es discípulo». No, incluso los obispos y el Papa deben ser discípulos, porque si no son discípulos no hacen el bien, no pueden ser misioneros, no pueden transmitir la fe. Todos nosotros somos discípulos y misioneros.

Existe un vínculo indisoluble entre la dimensión mística y la dimensión misionera de la vocación cristiana, ambas radicadas en el Bautismo. «Al recibir la fe y el bautismo, los cristianos acogemos la acción del Espíritu Santo que lleva a confesar a Jesús como Hijo de Dios y a llamar a Dios “Abba”, Padre. Todos los bautizados y bautizadas... estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad, pues la evangelización es un llamado a la participación de la comunión trinitaria» (*Documento conclusivo de Aparecida*, n. 157).

Nadie se salva solo. Somos comunidad de creyentes, somos Pueblo de Dios y en esta comunidad experimentamos la belleza de compartir la experiencia de un amor que nos precede a todos, pero que al mismo tiempo nos pide ser «canales» de la gracia los unos para los otros, a pesar de nuestros límites y nuestros pecados. La dimensión comunitaria no es sólo un «marco», un «contorno», sino que es parte integrante de la vida cristiana, del testimonio y de la evangelización. La fe cristiana nace y vive en la Iglesia, y en el Bautismo las familias y las parroquias celebran la incorporación de un nuevo miembro a Cristo y a su Cuerpo que es la Iglesia (cf. *ibid.*, n. 175 b).

A propósito de la importancia del Bautismo para el Pueblo de Dios, es ejemplar la historia de la comunidad cristiana en Japón. Ésta sufrió una dura persecución a inicios del siglo XVII. Hubo numerosos mártires, los miembros del clero fueron expulsados y miles de fieles fueron asesinados. No quedó ningún sacerdote en Japón, todos fueron expulsados. Entonces la comunidad se retiró a la clandestinidad, conservando la fe y la oración en el ocultamiento. Y cuando nacía un niño, el papá o la mamá, lo bautizaban, porque todos los fieles pueden bautizar en circunstancias especiales. Cuando, después de casi dos siglos y medio, 250 años más tarde, los misioneros regresaron a Japón, miles de cristianos salieron a la luz y la Iglesia pudo reflorar. Habían sobrevivido con la gracia de su Bautismo. Esto es grande: el Pueblo de Dios transmite la fe, bautiza a sus hijos y sigue adelante. Y conservaron, incluso en lo secreto, un fuerte espíritu comunitario, porque el Bautismo los había

convertido en un solo cuerpo en Cristo: estaban aislados y ocultos, pero eran siempre miembros del Pueblo de Dios, miembros de la Iglesia. Mucho podemos aprender de esta historia.

\*\*\*

### **Homilía del 11 de enero de 2015**

#### **El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia**

Hemos escuchado en la primera lectura que el Señor se preocupa por sus hijos como un padre: se preocupa de dar a sus hijos un alimento sustancioso. A través del profeta Dios dice: “¿Por qué gastar dinero en lo que no alimenta y el salario en lo que no da hartura?” (Is 55, 2). Dios, como un buen papá y una buena mamá, quiere dar cosas buenas a sus hijos. ¿Y qué es este alimento sustancioso que nos da Dios? Es su Palabra: su Palabra nos hace crecer, nos hace dar buenos frutos en la vida, como la lluvia y la nieve hacen bien a la tierra y la hacen fecunda (cf. Is 55, 10-11). Así vosotros, padres, y también vosotros, padrinos y madrinas, abuelos, tíos, ayudaréis a estos niños a crecer bien si les dais la Palabra de Dios, el Evangelio de Jesús. ¡Y darlo también con el ejemplo! Todos los días, adquirid el hábito de leer un pasaje del Evangelio, pequeño, y llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio en el bolsillo, en la cartera, para poder leerlo. Y este será el ejemplo para los hijos, ver a papá, a mamá, a los padrinos, al abuelo, a la abuela, a los tíos, leer la Palabra de Dios.

Vosotras mamás dad a vuestros hijos la leche –incluso ahora, si lloran por hambre, amamantadlos, tranquilos. Damos gracias al Señor por el don de la leche, y rezamos por las madres –son muchas, lamentablemente– que no están en condiciones de dar de comer a sus hijos. Recemos y tratemos de ayudar a estas madres. Así, pues, lo que hace la leche en el cuerpo, la Palabra de Dios lo hace en el espíritu: la Palabra de Dios hace crecer la fe. Y gracias a la fe somos engendrados por Dios. Es lo que sucede en el Bautismo. Hemos escuchado al apóstol Juan: “Todo el que cree que Jesús es el Cristo ha nacido de Dios” (1Jn 5, 1). En esta fe son bautizados vuestros hijos. Hoy es vuestra fe, queridos padres, padrinos y madrinas. Es la fe de la Iglesia, en la cual estos pequeños reciben el Bautismo. Pero mañana, con la gracia de Dios, será su fe, su personal “sí” a Jesucristo, que nos dona el amor del Padre.

Decía: es la fe de la Iglesia. Esto es muy importante. El Bautismo nos introduce en el cuerpo de la Iglesia, en el pueblo santo de Dios. Y en este cuerpo, en este pueblo en camino, la fe se transmite de generación en generación: es la fe de la Iglesia. Es la fe de María, nuestra Madre, la fe de san José, de san Pedro, de san Andrés, de san Juan, la fe de los Apóstoles y de los mártires, que llegó hasta nosotros, a través del Bautismo: una cadena de trasmisión de fe. ¡Es muy bonito esto! Es un pasar de mano en mano la luz de la fe: lo expresaremos dentro de un momento con el gesto de encender las velas en el gran cirio pascual. El gran cirio representa a Cristo resucitado, vivo en medio de nosotros. Vosotras, familias, tomad de Él la luz de la fe para transmitirla a vuestros hijos. Esta luz la tomáis en la Iglesia, en el cuerpo de Cristo, en el pueblo de Dios que camina en cada época y en cada lugar. Enseñad a vuestros hijos que no se puede ser cristiano fuera de la Iglesia, no se puede seguir a Jesucristo sin la Iglesia, porque la Iglesia es madre, y nos hace crecer en el amor a Jesucristo.

Un último aspecto surge con fuerza de las lecturas bíblicas de hoy: en el Bautismo somos consagrados por el Espíritu Santo. La palabra “cristiano” significa esto, significa consagrado como Jesús, en el mismo Espíritu en el que fue inmerso Jesús en toda su existencia terrena. Él es el “Cristo”, el ungido, el consagrado, los bautizados somos “cristianos”, es decir consagrados, ungidos. Y entonces, queridos padres, queridos padrinos y madrinas, si queréis que vuestros niños lleguen a

ser auténticos cristianos, ayudadles a crecer “inmersos” en el Espíritu Santo, es decir, en el calor del amor de Dios, en la luz de su Palabra. Por eso, no olvidéis invocar con frecuencia al Espíritu Santo, todos los días. “¿Usted reza, señora?” – “Sí” – “¿A quién reza?” – “Yo rezo a Dios” – Pero “Dios”, así, no existe: Dios es persona y en cuanto persona existe el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. “¿Tú a quién rezas?” – “Al Padre, al Hijo, al Espíritu Santo”. Normalmente rezamos a Jesús. Cuando rezamos el “Padrenuestro”, rezamos al Padre. Pero al Espíritu Santo no lo invocamos tanto. Es muy importante rezar al Espíritu Santo, porque nos enseña a llevar adelante la familia, los niños, para que estos niños crezcan en el clima de la Trinidad santa. Es precisamente el Espíritu quien los lleva adelante. Por ello no olvidéis invocar a menudo al Espíritu Santo, todos los días. Podéis hacerlo, por ejemplo, con esta sencilla oración: “Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor”. Podéis hacer esta oración por vuestros niños, además de hacerlo, naturalmente, por vosotros mismos.

Cuando decís esta oración, sentís la presencia maternal de la Virgen María. Ella nos enseña a invocar al Espíritu Santo, y a vivir según el Espíritu, como Jesús. Que la Virgen, nuestra madre, acompañe siempre el camino de vuestros niños y de vuestras familias. Así sea.

---

## **BENEDICTO XVI – Homilía y Ángelus, 2007-2010-2013**

**2007**

### ***HOMILÍA***

*Queridos hermanos y hermanas:*

Nos volvemos a encontrar, también este año, para una celebración muy familiar: el bautismo de trece niños en esta estupenda capilla Sixtina, donde la creatividad de Miguel Ángel y de otros insignes artistas supo realizar obras maestras que ilustran los prodigios de la historia de la salvación. E inmediatamente quisiera saludaros a todos los presentes: a los padres, a los padrinos y madrinas, a los parientes y amigos que acompañan a estos recién nacidos en un momento tan importante para su vida y para la Iglesia. Cada niño que nace nos trae la sonrisa de Dios y nos invita a reconocer que la vida es don suyo, un don que es preciso acoger siempre con amor y conservar con esmero en todo momento.

El tiempo de Navidad, que se concluye precisamente hoy, nos ha hecho contemplar al Niño Jesús en la pobreza de la cueva de Belén, cuidado amorosamente por María y José. Cada hijo que nace Dios lo encomienda a sus padres; por eso, ¡cuán importante es la familia fundada en el matrimonio, cuna de la vida y del amor! La casa de Nazaret, donde vive la Sagrada Familia, es modelo y escuela de sencillez, paciencia y armonía para todas las familias cristianas. Pido al Señor que también vuestras familias sean lugares acogedores, donde estos pequeños puedan crecer, no sólo con buena salud, sino también en la fe y en el amor a Dios, que hoy con el bautismo los hace hijos suyos.

El rito del bautismo de estos niños tiene lugar en el día en que celebramos la fiesta del Bautismo del Señor, con la que, como decía, se concluye el tiempo de Navidad. Acabamos de escuchar el relato del evangelista san Lucas, que presenta a Jesús mezclado con la gente mientras se dirige a san Juan Bautista para ser bautizado. Cuando recibió también él el bautismo, –escribe san Lucas– “estaba en oración” (Lc 3, 21). Jesús habla con su Padre. Y estamos seguros de que no sólo habló por sí, sino que también habló de nosotros y por nosotros; habló también de mí, de cada uno de nosotros y por cada uno de nosotros.

Después, el evangelista nos dice que sobre el Señor en oración se abrió el cielo. Jesús entra en contacto con su Padre y el cielo se abre sobre él. En este momento podemos pensar que el cielo se abre también aquí, sobre estos niños que, por el sacramento del bautismo, entran en contacto con Jesús. El cielo se abre sobre nosotros en el sacramento. Cuanto más vivimos en contacto con Jesús en la realidad de nuestro bautismo, tanto más el cielo se abre sobre nosotros.

Y del cielo –como dice el evangelio– aquel día salió una voz que dijo a Jesús; “Tú eres mi hijo predilecto” (Lc 3, 22). En el bautismo, el Padre celestial repite también estas palabras refiriéndose a cada uno de estos niños. Dice: “Tú eres mi hijo”. En el bautismo somos adoptados e incorporados a la familia de Dios, en la comunión con la santísima Trinidad, en la comunión con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo. Precisamente por esto el bautismo se debe administrar en el nombre de la santísima Trinidad. Estas palabras no son sólo una fórmula; son una realidad. Marcan el momento en que vuestros niños renacen como hijos de Dios. De hijos de padres humanos, se convierten también en hijos de Dios en el Hijo del Dios vivo.

Pero ahora debemos meditar en unas palabras de la segunda lectura de esta liturgia, en las que san Pablo nos dice: él nos salvó “según su misericordia, por medio del baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo” (Tt 3, 5). Un baño de regeneración. El bautismo no es sólo una palabra; no es sólo algo espiritual; implica también la materia. Toda la realidad de la tierra queda involucrada. El bautismo no atañe sólo al alma. La espiritualidad del hombre afecta al hombre en su totalidad, cuerpo y alma. La acción de Dios en Jesucristo es una acción de eficacia universal. Cristo asume la carne y esto continúa en los sacramentos, en los que la materia es asumida y entra a formar parte de la acción divina.

Ahora podemos preguntarnos por qué precisamente el agua es el signo de esta totalidad. El agua es fuente de fecundidad. Sin agua no hay vida. Y así, en todas las grandes religiones, el agua se ve como el símbolo de la maternidad, de la fecundidad. Para los Padres de la Iglesia el agua se convierte en el símbolo del seno materno de la Iglesia.

En un escritor eclesiástico de los siglos II y III, Tertuliano, se encuentran estas sorprendentes palabras: “Cristo nunca está sin agua”. Con estas palabras Tertuliano quería decir que Cristo nunca está sin la Iglesia. En el bautismo somos adoptados por el Padre celestial, pero en esta familia que él constituye hay también una madre, la madre Iglesia. El hombre no puede tener a Dios como Padre, decían ya los antiguos escritores cristianos, si no tiene también a la Iglesia como madre. Así de nuevo vemos cómo el cristianismo no es sólo una realidad espiritual, individual, una simple decisión subjetiva que yo tomo, sino que es algo real, algo concreto; podríamos decir, algo también material.

La familia de Dios se construye en la realidad concreta de la Iglesia. La adopción como hijos de Dios, del Dios trinitario, es a la vez incorporación a la familia de la Iglesia, inserción como hermanos y hermanas en la gran familia de los cristianos. Y sólo podemos decir “Padre nuestro”, dirigiéndonos a nuestro Padre celestial, si en cuanto hijos de Dios nos insertamos como hermanos y hermanas en la realidad de la Iglesia. Esta oración supone siempre el “nosotros” de la familia de Dios.

Pero ahora debemos volver al evangelio, donde Juan Bautista dice: “Yo os bautizo con agua, pero viene el que puede más que yo (...). Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego” (Lc 3, 16). Hemos visto el agua; pero ahora surge la pregunta: ¿en qué consiste el fuego al que alude san Juan Bautista? Para ver esta realidad del fuego, presente en el bautismo juntamente con el agua, debemos observar que el bautismo de Juan era un gesto humano, un acto de penitencia; era el esfuerzo humano por dirigirse a Dios para pedirle el perdón de los pecados y la posibilidad de comenzar una nueva vida. Era sólo un deseo humano, un ir hacia Dios con las propias fuerzas.



Ahora bien, esto no basta. La distancia sería demasiado grande. En Jesucristo vemos que Dios viene a nuestro encuentro. En el bautismo cristiano, instituido por Cristo, no actuamos sólo nosotros con el deseo de ser lavados, con la oración para obtener el perdón. En el bautismo actúa Dios mismo, actúa Jesús mediante el Espíritu Santo. En el bautismo cristiano está presente el fuego del Espíritu Santo. Dios actúa, no sólo nosotros. Dios está presente hoy aquí. Él asume y hace hijos suyos a vuestros niños.

Pero, naturalmente, Dios no actúa de modo mágico. Actúa sólo con nuestra libertad. No podemos renunciar a nuestra libertad. Dios interpela nuestra libertad, nos invita a cooperar con el fuego del Espíritu Santo. Estas dos cosas deben ir juntas. El bautismo seguirá siendo durante toda la vida un don de Dios, el cual ha grabado su sello en nuestra alma. Pero luego requiere nuestra cooperación, la disponibilidad de nuestra libertad para decir el “sí” que confiere eficacia a la acción divina.

Estos hijos vuestros, a los que ahora bautizaremos, son aún incapaces de colaborar, de manifestar su fe. Por eso, asume valor y significado particular vuestra presencia, queridos padres y madres, y la vuestra, queridos padrinos y madrinas. Velad siempre sobre estos niños vuestros, para que al crecer aprendan a conocer a Dios, a amarlo con todas sus fuerzas y a servirlo con fidelidad. Sed para ellos los primeros educadores en la fe, ofreciéndoles, además de enseñanzas, también ejemplos de vida cristiana coherente. Enseñadles a orar y a sentirse miembros activos de la familia concreta de Dios, de la comunidad eclesial.

Para ello os puede ayudar mucho el estudio atento del «Catecismo de la Iglesia católica» o del «Compendio» de ese Catecismo. Contiene los elementos esenciales de nuestra fe y podrá ser un instrumento muy útil e inmediato para crecer vosotros mismos en el conocimiento de la fe católica y para poderla transmitir íntegra y fielmente a vuestros hijos. Sobre todo, no olvidéis que es vuestro testimonio, vuestro ejemplo, lo que más influirá en la maduración humana y espiritual de la libertad de vuestros hijos. Aun en medio del ajetreo de las actividades diarias, a menudo vertiginosas, no dejéis de cultivar, personalmente y en familia, la oración, que constituye el secreto de la perseverancia cristiana.

A la Virgen Madre de Jesús, nuestro Salvador, presentado en la liturgia de hoy como el Hijo predilecto de Dios, encomendemos a estos niños y a sus familias: que María vele sobre ellos y los acompañe siempre, para que realicen completamente el plan de salvación que Dios tiene para cada uno. Amén.

## **ÁNGELUS**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Con la fiesta del Bautismo del Señor, que celebramos hoy, se concluye el tiempo litúrgico de Navidad. El Niño, a quien los Magos de Oriente vinieron a adorar en Belén, ofreciéndole sus dones simbólicos, lo encontramos ahora adulto, en el momento en que se hace bautizar en el río Jordán por el gran profeta Juan (cf. *Mt* 3, 13). El Evangelio narra que cuando Jesús, recibido el bautismo, salió del agua, se abrieron los cielos y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma de paloma (cf. *Mt* 3, 16). Se oyó entonces una voz del cielo que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco” (*Mt* 3, 17). Esa fue su primera manifestación pública, después de casi treinta años de vida oculta en Nazaret.

Testigos oculares de ese singular acontecimiento fueron, además del Bautista, sus discípulos, algunos de los cuales se convirtieron desde entonces en seguidores de Cristo (cf. *Jn* 1, 35-40). Se trató simultáneamente de cristofanía y teofanía: ante todo, Jesús se manifestó como el *Cristo*, término griego para traducir el hebreo *Mesías*, que significa “ungido”. Jesús no fue ungido con óleo a la

manera de los reyes y de los sumos sacerdotes de Israel, sino con el Espíritu Santo. Al mismo tiempo, junto con el Hijo de Dios aparecieron los signos del Espíritu Santo y del Padre celestial.

¿Cuál es el significado de este acto, que Jesús quiso realizar –venciendo la resistencia del Bautista– para obedecer a la voluntad del Padre? (cf. *Mt* 3, 14-15). Su sentido profundo se manifestará sólo al final de la vida terrena de Cristo, es decir, en su muerte y resurrección. Haciéndose bautizar por Juan juntamente con los pecadores, Jesús comenzó a tomar sobre sí el peso de la culpa de toda la humanidad, como Cordero de Dios que “quita” el pecado del mundo (cf. *Jn* 1, 29). Obra que consumó en la cruz, cuando recibió también su “bautismo” (cf. *Lc* 12, 50). En efecto, al morir se “sumergió” en el amor del Padre y derramó el Espíritu Santo, para que los creyentes en él pudieran renacer de aquel manantial inagotable de vida nueva y eterna.

Toda la misión de Cristo se resume en esto: bautizarnos en el Espíritu Santo, para librarnos de la esclavitud de la muerte y “abrirnos el cielo”, es decir, el acceso a la vida verdadera y plena, que será “sumergirse siempre de nuevo en la inmensidad del ser, a la vez que estamos desbordados simplemente por la alegría” (*Spe salvi*, 12).

Es lo que sucedió también a los trece niños a los cuales administré el sacramento del bautismo esta mañana en la capilla Sixtina. Invoquemos sobre ellos y sobre sus familiares la protección materna de María santísima. Y oremos por todos los cristianos, para que comprendan cada vez más el don del bautismo y se comprometan a vivirlo con coherencia, testimoniando el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

\*\*\*

**2010**

## ***HOMILÍA***

*Queridos hermanos y hermanas:*

En la fiesta del Bautismo del Señor, este año también tengo la alegría de administrar el sacramento del Bautismo a varios recién nacidos, presentados por sus padres a la Iglesia. Bienvenidos, queridos papás y mamás de estos niños, padrinos y madrinas, amigos y familiares, que les rodeáis. Damos gracias a Dios que hoy llama a estas siete niñas y a estos siete niños a convertirse en sus hijos en Cristo. Les rodeamos con la oración y con el afecto y les acogemos con alegría en la comunidad cristiana, que desde hoy se convierte también en su familia.

Con la fiesta del Bautismo de Jesús continúa el ciclo de las manifestaciones del Señor, que comenzó en Navidad con el nacimiento en Belén del Verbo encarnado, contemplado por María, José y los pastores en la humildad del pesebre, y que ha tenido una etapa importante en la Epifanía, cuando el Mesías, a través de los Magos, se ha manifestado a todos los pueblos. Hoy Jesús se revela en la orillas del Jordán, a Juan y al pueblo de Israel. Es la primera ocasión en la que, como hombre maduro, entra en el escenario público, después de haber dejado Nazaret. Lo encontramos junto al Bautista, a quien acude un gran número de personas, en una escena particular. En el pasaje evangélico, poco antes proclamado, san Lucas observa ante todo que el pueblo estaba “a la espera” (3, 15). Subraya de este modo la espera de Israel; percibe en esas personas que habían dejado sus casas y sus compromisos habituales el profundo deseo de un mundo diferente y de palabras nuevas, que parecen encontrar respuesta precisamente en las palabras severas, comprometedoras, pero llenas de esperanza del Precursor. Su bautismo es de penitencia, un signo que invita a la conversión, a cambiar de vida, pues se acerca Aquél que “bautizará en Espíritu Santo y fuego” (3,16). De hecho, no se puede aspirar a un mundo nuevo permaneciendo sumergidos en el egoísmo y en las costumbres ligadas al pecado.

También Jesús deja su casa y sus habituales ocupaciones para ir al Jordán. Llega en medio de la muchedumbre que está escuchando al Bautista y se pone en fila, como todos, en espera de ser bautizado. Al verle, Juan intuye que en ese Hombre hay algo único, que es el Otro misterioso que esperaba y hacia el que había orientado toda su vida. Comprende que se encuentra ante Alguien más grande que él, al que no es digno ni siquiera de desatar la correa de sus sandalias.

En el Jordán, Jesús se manifiesta con una humildad extraordinaria, que recuerda la pobreza y la sencillez del Niño colocado en el pesebre, y que anticipa los sentimientos con los que, al final de sus días terrenos, llegará a lavar los pies de sus discípulos y sufrirá la humillación terrible de la cruz. El Hijo de Dios, el que no tiene pecado, se mezcla entre pecadores, muestra la cercanía de Dios al camino de conversión del hombre. Jesús carga sobre sus espaldas el peso de la culpa de toda la humanidad, comienza su misión poniéndose en nuestro lugar, en lugar de los pecadores, en la perspectiva de la cruz.

Cuando, recogido en oración, tras el bautismo, sale del agua, se abren los cielos. Es el momento esperado por tantos profetas: “Si rompieras los cielos y descendieses”, había invocado Isaías (63, 19). En ese momento, según parece sugerir san Lucas, se escucha esta oración. De hecho, “se abrió el cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo” (3, 21-22); se escucharon palabras nunca antes escuchadas: “Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado” (v. 22). Al salir de las aguas, como afirma san Gregorio Nazianceno, “ve cómo se rasgan y se abren los cielos, esos cielos que Adán había cerrado para sí y para toda su descendencia” (*Discurso 39 para el Bautismo del Señor*, PG 36). El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo descienden entre los hombres y nos revelan su amor que salva. Si los ángeles llevaron a los pastores el anuncio del nacimiento del Salvador, y la estrella guio a los Magos de Oriente, ahora es la voz misma del Padre la que indica a los hombres la presencia en el mundo de su Hijo e invita a esperar en la resurrección, en la victoria de Cristo sobre el pecado y la muerte.

El alegre anuncio del Evangelio es el eco de esta voz que baja del cielo. Con razón, por este motivo, Pablo, como hemos escuchado en la segunda lectura, escribe a Tito: “se ha manifestado la gracia salvadora de Dios a todos los hombres” (2,11). El Evangelio, de hecho, es para nosotros gracia que da alegría y sentido a la vida. Éste, sigue diciendo el apóstol Pablo, “nos enseña a que, renunciando a la impiedad y a las pasiones mundanas, vivamos con sensatez, justicia y piedad” (v. 12); es decir, nos conduce a una vida más feliz, más hermosa, más solidaria, a una vida según Dios. Podemos decir que también para estos niños hoy se abren los cielos. Ellos reciben el don de la gracia del Bautismo y el Espíritu Santo habitará en ellos como en un templo, transformando en profundidad sus corazones. Desde este momento, la voz del Padre les llamará también a ellos a ser sus hijos en Cristo y, en su familia que es la Iglesia, entregará a cada uno de ellos el don sublime de la fe. Este don, ahora que no tienen la posibilidad de comprenderlo plenamente, será depositado en su corazón como una semilla llena de vida, que espera desarrollarse y dar fruto. Hoy son bautizados en la fe de la Iglesia, profesada por los padres, padrinos y madrinan, y por los cristianos presentes, que después les llevarán de la mano en el seguimiento de Cristo. El rito del Bautismo recuerda con insistencia el tema de la fe ya desde el inicio, cuando el celebrante recuerda a los padres que, al pedir el bautismo para los propios hijos, asumen el compromiso de “educarles en la fe”. Esta tarea es exigida de manera aún más fuerte a los padres y padrinos en la tercera parte de la celebración, que comienza dirigiéndoles estas palabras: “Tenéis la tarea de educarles en la fe para que la vida divina que reciben como don sea preservada del pecado y crezca cada día. Si, por tanto, en virtud de vuestra fe, estáis dispuestos a asumir este compromiso..., profesad vuestra fe en Jesucristo. Es la fe de la Iglesia en la que son bautizados vuestros hijos”. Estas palabras del rito sugieren, en cierto sentido, que la profesión de fe y la renuncia al pecado de padres, padrinos y madrinan, representan la premisa necesaria para que la Iglesia confiera el Bautismo a sus hijos.

Antes de derramar el agua en la cabeza del recién nacido, aparece otra alusión a la fe. El celebrante dirige una última pregunta: “¿Queréis que este niño reciba el Bautismo en la fe de la Iglesia, que todos juntos hemos profesado?”. Sólo después de la respuesta afirmativa se administra el sacramento. También en los ritos explicativos –unción con el crisma, entrega del vestido blanco y de la vela encendida, gesto del ‘effetá’– la fe representa el tema central. “Prestad atención –dice la fórmula que acompaña la entrega de la vela– para que vuestros niños... vivan siempre como hijos de la luz; y perseverando en la fe, salgan al encuentro del Señor que viene”; “Que el Señor Jesús –sigue diciendo el celebrante en el rito del ‘effetá’– te conceda la gracia de escuchar pronto su palabra y de profesar su fe, para alabanza y gloria de Dios Padre”. Todo concluye, después, con la bendición final, que recuerda una vez más a los padres su compromiso de ser para los hijos “los primeros testigos de la fe”.

Queridos amigos: para estos niños hoy es un gran día. Con el Bautismo, participando en la muerte y resurrección de Cristo, comienzan con Él la aventura gozosa y entusiasmante del discípulo. La liturgia la presenta como una experiencia de luz. De hecho, al entregar a cada uno la vela encendida en el cirio pascual, la Iglesia afirma: “¡Recibid la luz de Cristo!”. El Bautismo ilumina con la luz de Cristo, abre los ojos a su resplandor e introduce en el misterio de Dios a través de la luz divina de la fe. En esta luz, los niños que van a ser bautizados tendrán que caminar durante toda la vida, ayudados por las palabras y el ejemplo de los padres, de los padrinos y madrinas. Éstos tendrán que comprometerse a alimentar con las palabras y el testimonio de su vida las antorchas de la fe de los niños para que pueda resplandecer en este mundo, que con frecuencia camina a tientas en las tinieblas de la duda, y llevar la luz del Evangelio que es vida y esperanza. Sólo de este modo, como adultos, podrán pronunciar con plena conciencia la fórmula que aparece al final de la profesión de fe de este rito: “Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia. Y nosotros nos gloriamos de profesarla en Cristo Jesús, nuestro Señor”.

También en nuestros días la fe es un don que hay que volver a descubrir, cultivar y testimoniar. Que en esta celebración del Bautismo, el Señor conceda a cada uno de nosotros la gracia de vivir la hermosura y la alegría de ser cristianos para que podamos introducir a los niños bautizados en la plenitud de la adhesión a Cristo. Encomendamos estos pequeños a la materna intercesión de la Virgen María. Le pedimos que, revestidos con el vestido blanco, signo de su nueva dignidad de hijos de Dios, sean durante toda su vida fieles discípulos de Cristo y valientes testigos del Evangelio. Amén.

\*\*\*

## **ÁNGELUS**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Esta mañana, durante la santa misa celebrada en la Capilla Sixtina, he administrado el sacramento del Bautismo a varios recién nacidos. Esta costumbre está unida a la fiesta del Bautismo del Señor, con la que se concluye el tiempo litúrgico de la Navidad. El Bautismo expresa muy bien el sentido global de las festividades navideñas, en las que el tema de *llegar a ser hijos de Dios* gracias a la venida del Hijo unigénito en nuestra humanidad constituye un elemento dominante. Él se hizo hombre para que nosotros podamos llegar a ser hijos de Dios. Dios *nació* para que nosotros podamos *renacer*. Estos conceptos aparecen continuamente en los textos litúrgicos navideños y constituyen un motivo entusiasmante de reflexión y esperanza. Pensemos en lo que escribe san Pablo a los Gálatas: “Envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (*Ga* 4, 4-5); o en lo que dice san Juan en el Prólogo

de su Evangelio: “A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios” (*Jn* 1, 12). Este estupendo misterio, que constituye nuestro “segundo nacimiento” –el renacimiento de un ser humano de *lo alto*, de Dios (cf. *Jn* 3, 1-8)– se realiza y se resume en el signo sacramental del Bautismo.

Con este sacramento el hombre se convierte realmente en *hijo*, en hijo de Dios. Desde ese momento el fin de su existencia consiste en alcanzar de manera libre y consciente aquello que desde el inicio era y es el destino del hombre. “Conviértete en lo que eres”, constituye el principio educativo básico de la persona humana redimida por la gracia. Este principio tiene muchas analogías con el crecimiento humano, en el que la relación de los padres con los hijos pasa, a través de alejamientos y crisis, de la dependencia total a la conciencia de ser hijo, al agradecimiento por el don de la vida recibida, y a la madurez y la capacidad de dar la vida. Engendrado por el Bautismo a una nueva vida, también el cristiano comienza su camino de crecimiento en la fe que lo llevará a invocar conscientemente a Dios como “Abbá - Padre”, a dirigirse a él con gratitud y a vivir la alegría de ser su hijo.

Del Bautismo deriva también un modelo de sociedad: la de los *hermanos*. La fraternidad no se puede establecer mediante una ideología y mucho menos por decreto de un poder constituido. Nos reconocemos hermanos a partir de la humilde y profunda conciencia del ser hijos del único Padre celestial. Como cristianos, gracias al Espíritu Santo, recibido en el Bautismo, se nos ha concedido el don y el compromiso de vivir como hijos de Dios y como hermanos, para ser como “levadura” de una humanidad nueva, solidaria y llena de paz y esperanza. En esto nos ayuda la conciencia de tener, además de un Padre en los cielos, también una madre, la Iglesia, de la que la Virgen María es modelo perenne. A ella le encomendamos los niños recién bautizados y sus familias, y le pedimos para todos la alegría de renacer cada día “de lo alto”, del amor de Dios, que nos hace sus hijos y hermanos entre nosotros.

**2013**

### ***HOMILÍA***

*Queridos hermanos y hermanas:*

La alegría que brota de la celebración de la Santa Navidad encuentra hoy cumplimiento en la fiesta del Bautismo del Señor. A esta alegría se añade un ulterior motivo para nosotros, aquí reunidos: en el sacramento del Bautismo que dentro de poco administraré a estos neonatos se manifiesta la presencia viva y operante del Espíritu Santo que, enriqueciendo a la Iglesia con nuevos hijos, la vivifica y la hace crecer, y de esto no podemos no alegrarnos. Deseo dirigiros un especial saludo a vosotros, queridos padres, padrinos y madrinas, que hoy testimoniáis vuestra fe pidiendo el Bautismo para estos niños, a fin de que sean generados a la vida nueva en Cristo y entren a formar parte de la comunidad de creyentes.

El relato evangélico del bautismo de Jesús, que hoy hemos escuchado según la redacción de san Lucas, muestra el camino de abajamiento y de humildad que el Hijo de Dios eligió libremente para adherirse al proyecto del Padre, para ser obediente a su voluntad de amor por el hombre en todo, hasta el sacrificio en la cruz. Siendo ya adulto, Jesús da inicio a su ministerio público acercándose al río Jordán para recibir de Juan un bautismo de penitencia y conversión. Sucede lo que a nuestros ojos podría parecer paradójico. ¿Necesita Jesús penitencia y conversión? Ciertamente no. Con todo, precisamente Aquél que no tiene pecado se sitúa entre los pecadores para hacerse bautizar, para realizar este gesto de penitencia; el Santo de Dios se une a cuantos se reconocen necesitados de perdón y piden a Dios el don de la conversión, o sea, la gracia de volver a Él con todo el corazón para ser totalmente suyos. Jesús quiere ponerse del lado de los pecadores haciéndose solidario con ellos,

expresando la cercanía de Dios. Jesús se muestra solidario con nosotros, con nuestra dificultad para convertirnos, para dejar nuestros egoísmos, para desprendernos de nuestros pecados, para decirnos que si le aceptamos en nuestra vida, Él es capaz de levantarnos de nuevo y conducirnos a la altura de Dios Padre. Y esta solidaridad de Jesús no es, por así decirlo, un simple ejercicio de la mente y de la voluntad. Jesús se sumergió realmente en nuestra condición humana, la vivió hasta el fondo, salvo en el pecado, y es capaz de comprender su debilidad y fragilidad. Por esto Él se mueve a la compasión, elige «padecer con» los hombres, hacerse penitente con nosotros. Esta es la obra de Dios que Jesús quiere realizar; la misión divina de curar a quien está herido y tratar a quien está enfermo, de cargar sobre sí el pecado del mundo.

¿Qué sucede en el momento en que Jesús se hace bautizar por Juan? Ante este acto de amor humilde por parte del Hijo de Dios, se abren los cielos y se manifiesta visiblemente el Espíritu Santo en forma de paloma, mientras una voz de lo alto expresa la complacencia del Padre, que reconoce al Hijo unigénito, al Amado. Se trata de una verdadera manifestación de la Santísima Trinidad, que da testimonio de la divinidad de Jesús, de su ser el Mesías prometido, Aquél a quien Dios ha enviado para liberar a su pueblo, para que se salve (cf. Is 40, 2). Se realiza así la profecía de Isaías que hemos escuchado en la primera Lectura: el Señor Dios viene con poder para destruir las obras del pecado y su brazo ejerce el dominio para desarmar al Maligno; pero tengamos presente que este brazo es el brazo extendido en la cruz y que el poder de Cristo es el poder de Aquél que sufre por nosotros: este es el poder de Dios, distinto del poder del mundo; así viene Dios con poder para destruir el pecado. Verdaderamente Jesús actúa como el Pastor bueno que apacienta el rebaño y lo reúne para que no esté disperso (cf. Is 40, 10-11), y ofrece su propia vida para que tenga vida. Por su muerte redentora libera al hombre del dominio del pecado y le reconcilia con el Padre; por su resurrección salva al hombre de la muerte eterna y le hace victorioso sobre el Maligno.

Queridos hermanos y hermanas: ¿qué acontece en el Bautismo que en breve administraré a vuestros niños? Sucede precisamente esto: serán unidos de modo profundo y para siempre con Jesús, sumergidos en el misterio de su potencia, de su poder, o sea, en el misterio de su muerte, que es fuente de vida, para participar en su resurrección, para renacer a una vida nueva. He aquí el prodigio que hoy se repite también para vuestros niños: recibiendo el Bautismo renacen como hijos de Dios, partícipes en la relación filial que Jesús tiene con el Padre, capaces de dirigirse a Dios llamándole con plena confianza: «Abba, Padre». También sobre vuestros niños el cielo está abierto y Dios dice: estos son mis hijos, hijos de mi complacencia. Introducidos en esta relación y liberados del pecado original, ellos se convierten en miembros vivos del único cuerpo que es la Iglesia y se hacen capaces de vivir en plenitud su vocación a la santidad, a fin de poder heredar la vida eterna que nos ha obtenido la resurrección de Jesús.

Queridos padres: al pedir el Bautismo para vuestros hijos manifestáis y testimoniáis vuestra fe, la alegría de ser cristianos y de pertenecer a la Iglesia. Es la alegría que brota de la conciencia de haber recibido un gran don de Dios, precisamente la fe, un don que ninguno de nosotros ha podido merecer, pero que nos ha sido dado gratuitamente y al que hemos respondido con nuestro «sí». Es la alegría de reconocernos hijos de Dios, de descubriarnos confiados a sus manos, de sentirnos acogidos en un abrazo de amor, igual que una mamá sostiene y abraza a su niño. Esta alegría, que orienta el camino de cada cristiano, se funda en una relación personal con Jesús, una relación que orienta toda la existencia humana. Es Él, en efecto, el sentido de nuestra vida, Aquél en quien vale la pena tener fija la mirada para ser iluminados por su Verdad y poder vivir en plenitud. El camino de la fe que hoy empieza para estos niños se funda por ello en una certeza, en la experiencia de que no hay nada más grande que conocer a Cristo y comunicar a los demás la amistad con Él; sólo en esta amistad se entabren realmente las grandes potencialidades de la condición humana y podemos experimentar lo

que es bello y lo que libera (cf. Homilía en la santa misa de inicio del pontificado, 24 de abril de 2005). Quien ha tenido esta experiencia no está dispuesto a renunciar a su fe por nada del mundo.

A vosotros, queridos padrinos y madrinas, la importante tarea de sostener y ayudar en la obra educativa de los padres, estando a su lado en la transmisión de las verdades de la fe y en el testimonio de los valores del Evangelio, en hacer crecer a estos niños en una amistad cada vez más profunda con el Señor. Sabed siempre ofrecerles vuestro buen ejemplo a través del ejercicio de las virtudes cristianas. No es fácil manifestar abiertamente y sin componendas aquello en lo que se cree, especialmente en el contexto en que vivimos, frente a una sociedad que considera a menudo pasados de moda y extemporáneos a quienes viven de la fe en Jesús. En la onda de esta mentalidad puede haber también entre los cristianos el riesgo de entender la relación con Jesús como limitante, como algo que mortifica la propia realización personal; «Dios es considerado una y otra vez como el límite de nuestra libertad, un límite que se ha de abatir para que el hombre pueda ser totalmente él mismo» (La infancia de Jesús, 92). ¡Pero no es así! Esta visión muestra no haber entendido nada de la relación con Dios, porque a medida que se procede en el camino de la fe se comprende cómo Jesús ejerce sobre nosotros la acción liberadora del amor de Dios, que nos hace salir de nuestro egoísmo, de estar replegados sobre nosotros mismos, para conducirnos a una vida plena, en comunión con Dios y abierta a los demás. «Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1 Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera Carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino» (Enc. Deus caritas est, 1).

El agua con la que estos niños serán signados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo les sumergirá en la «fuente» de vida que es Dios mismo, que les hará sus verdaderos hijos. Y la semilla de las virtudes teologales, infundidas por Dios, la fe, la esperanza y la caridad, semilla que hoy se pone en su corazón por el poder del Espíritu Santo, habrá de ser alimentada siempre por la Palabra de Dios y los Sacramentos, de forma que estas virtudes del cristiano puedan crecer y llegar a plena maduración, hasta hacer de cada uno de ellos un verdadero testigo del Señor. Mientras invocamos sobre estos pequeños la efusión del Espíritu Santo, les encomendamos a la protección de la Virgen Santa; que ella les custodie siempre con su materna presencia y les acompañe en cada momento de su vida. Amén.

## **ÁNGELUS**

*Queridos hermanos y hermanas:*

Con este domingo después de la Epifanía concluye el Tiempo litúrgico de Navidad: tiempo de luz, la luz de Cristo que, como nuevo sol aparecido en el horizonte de la humanidad, dispersa las tinieblas del mal y de la ignorancia. Celebramos hoy la fiesta del Bautismo de Jesús: aquel Niño, hijo de la Virgen, a quien hemos contemplado en el misterio de su nacimiento, le vemos hoy adulto entrar en las aguas del río Jordán y santificar así todas las aguas y el cosmos entero —como evidencia la tradición oriental. Pero ¿por qué Jesús, en quien no había sombra de pecado, fue a que Juan le bautizara? ¿Por qué quiso realizar ese gesto de penitencia y conversión junto a tantas personas que querían de esta forma prepararse a la venida del Mesías? Ese gesto —que marca el inicio de la vida pública de Cristo— se sitúa en la misma línea de la Encarnación, del descendimiento de Dios desde el más alto de los cielos hasta el abismo de los infiernos. El sentido de este movimiento de abajamiento divino se resume en una única palabra: amor, que es el nombre mismo de Dios. Escribe el apóstol Juan: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Unigénito, para que vivamos por medio de Él», y le envió «como víctima de propiciación por nuestros pecados»

(1 Jn 4, 9-10). He aquí por qué el primer acto público de Jesús fue recibir el bautismo de Juan, quien, al verle llegar, dijo: «Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29).

Narra el evangelista Lucas que mientras Jesús, recibido el bautismo, «oraba, se abrieron los cielos, bajó el Espíritu Santo sobre Él con apariencia corporal semejante a una paloma y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo, el amado; en ti me complazco”» (3, 21-22). Este Jesús es el Hijo de Dios que está totalmente sumergido en la voluntad de amor del Padre. Este Jesús es aquél que morirá en la cruz y resucitará por el poder del mismo Espíritu que ahora se posa sobre Él y le consagra. Este Jesús es el hombre nuevo que quiere vivir como hijo de Dios, o sea, en el amor; el hombre que, frente al mal del mundo, elige el camino de la humildad y de la responsabilidad, elige no salvarse a sí mismo, sino ofrecer la propia vida por la verdad y la justicia. Ser cristianos significa vivir así, pero este tipo de vida comporta un renacimiento: renacer de lo alto, de Dios, de la Gracia, Este renacimiento es el Bautismo, que Cristo ha donado a la Iglesia para regenerar a los hombres a una vida nueva. Afirmo un antiguo texto atribuido a san Hipólito: «Quien entra con fe en este baño de regeneración, renuncia al diablo y se alinea con Cristo, reniega del enemigo y reconoce que Cristo es Dios, se despoja de la esclavitud y se reviste de la adopción filial» (Discurso sobre la Epifanía, 10: pg 10, 862).

Según la tradición, esta mañana he tenido la alegría de bautizar a un nutrido grupo de niños nacidos en los últimos tres o cuatro meses. En este momento desearía extender mi oración y mi bendición a todos los neonatos; pero sobre todo invitar a todos a hacer memoria del propio Bautismo, de aquel renacimiento espiritual que nos abrió el camino de la vida eterna. Que cada cristiano, en este Año de la fe, redescubra la belleza de haber renacido de lo alto, del amor de Dios, y viva como hijo de Dios.

---

## **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**

### **Fiesta del Bautismo del Señor**

**131.** Con la Fiesta del Bautismo del Señor, prolongación de la Epifanía, concluye el tiempo de la Navidad y se inicia el Tiempo Ordinario. Mientras Juan bautiza a Jesús a orillas del Jordán sucede algo grandioso: los cielos se abren, se oye la voz del Padre y el Espíritu Santo desciende en forma visible sobre Jesús. Se trata de una manifestación del misterio de la Santísima Trinidad. Pero ¿por qué se produce esta visión en el momento en el que Jesús es bautizado? El homileta debe responder a esta pregunta.

**132.** La explicación está en la finalidad por la que Jesús va a Juan para que le bautice. Juan está predicando un bautismo de penitencia. Jesús recibe este signo de arrepentimiento junto a muchos otros que corren hacia Juan. En un primer momento, Juan intenta impedirselo pero Jesús insiste. Y esta insistencia manifiesta su intención: ser solidario con los pecadores. Quiere estar donde están ellos. Lo mismo expresa el apóstol Pablo, pero con un tipo de lenguaje diferente: «Al que no había pecado, Dios le hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21).

**133.** Y es, justamente, en este momento de intensa solidaridad con los pecadores, cuando tiene lugar la grandiosa epifanía trinitaria. La voz del Padre tronó desde el cielo, anunciando: «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto». Tenemos que comprender que lo que le agrada al Padre, reside en la voluntad del Hijo de ser solidario con los pecadores. De este modo se manifiesta como Hijo de este Padre, es decir, el Padre que «tanto amó al mundo que entregó a su Hijo único» (Jn 3,16). En aquel preciso instante, el Espíritu aparece como una paloma, desciende sobre el Hijo, imprimiendo una especie de aprobación y de autorización a toda la escena inesperada.



**134.** El Espíritu que ha plasmado esta escena preparándola a lo largo de los siglos de la Historia de Israel («que habló por los profetas», como profesamos en el Credo), está presente en el homileta y en sus oyentes: abre sus mentes a una comprensión todavía más profunda de lo sucedido. El mismo Espíritu acompañó a Jesús en cada instante de su existencia terrenal, caracterizando todas sus acciones para que fueran revelación del Padre. Por tanto, podemos escuchar el texto del profeta Isaías de este día como una prolongación de las palabras del Padre en el corazón de Jesús: «Tú eres mi Hijo, el amado». Su diálogo de amor continúa: «mi elegido, a quien prefiero. Sobre Él he puesto mi espíritu... Yo, el Señor, te he llamado con justicia, te he tomado de la mano, te he formado y te he hecho alianza de un pueblo, luz de las naciones».

**135.** En el salmo responsorial de esta fiesta se escuchan las palabras del Salmo 28: «La voz del Señor está sobre las aguas». La Iglesia canta este salmo como celebración de las palabras del Padre que tenemos el privilegio de escuchar y cuya escucha marca nuestra fiesta. «Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto» – esta es la «voz del Señor sobre las aguas, el Señor sobre las aguas torrenciales. La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica» (Sal 28,3-4).

**136.** Después del Bautismo, el Espíritu conduce a Jesús al desierto para ser tentado por Satanás. Sucesivamente y conducido siempre por el Espíritu, Jesús va a Galilea donde proclama el Reino de Dios. Durante su maravillosa predicación, marcada por milagros prodigiosos, Jesús afirma en una ocasión: «Tengo que pasar por un bautismo, ¡y qué angustia hasta que se cumpla!» (Lc 12,50). Con estas palabras se refería a su próxima muerte en Jerusalén. De este modo comprendemos cómo el Bautismo de Jesús por parte de Juan Bautista no fue el definitivo sino una acción simbólica de lo que se habría cumplir en el Bautismo de su agonía y muerte en la Cruz. Porque es en la Cruz donde Jesús se revela a sí mismo, no en términos simbólicos, sino concretamente y en completa solidaridad con los pecadores. Es en la Cruz donde «Dios lo hizo expiar por nuestros pecados» (2 Cor 5,21) y donde «nos rescató de la maldición de la ley, haciéndose por nosotros un maldito» (Gal 3,13). Es allí donde desciende al caos de las aguas de ultratumba, y lava para siempre nuestros pecados. Pero por la Cruz y la Muerte, Jesús es también liberado de las aguas, llamado a la Resurrección por la voz del Padre que dice: «Hijo mío eres tú, hoy te he engendrado... Yo seré para él un padre y el será para mí un hijo» (Heb 1,5). Esta escena de muerte y resurrección es una obra de arte escrita y dirigida por el Espíritu. La voz del Señor sobre las grandes aguas de la muerte, con fuerza y poder, saca a su Hijo de la muerte. «La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica».

**137.** El Bautismo de Jesús es modelo también para el nuestro. En el Bautismo descendemos con Cristo a las aguas de la muerte, donde son lavados nuestros pecados. Y después de habernos sumergido con Él, con Él salimos de las aguas y oímos, fuerte y potente, la voz del Padre que, dirigida también a nosotros en lo profundo de nuestros corazones, pronuncia un nombre nuevo para cada uno de nosotros: «¡Amado! Mi predilecto». Sentimos este nombre como nuestro, no en virtud de las buenas obras que hemos realizado, sino porque Cristo, en su amor sin límites, ha deseado intensamente compartir con nosotros su relación con el Padre.

**138.** La Eucaristía celebrada en esta Fiesta propone de nuevo, en cierto modo, los mismos acontecimientos. El Espíritu desciende sobre los dones del pan y del vino ofrecido por los fieles. Las palabras de Jesús: «Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre», anuncian su intención de recibir el Bautismo de muerte para nuestra Salvación. Y la asamblea reza, el «Padre nuestro» junto con el Hijo, porque con Él siente dirigida a sí misma la voz del Padre que llama «amado» al Hijo.

**139.** En una ocasión, a lo largo de su ministerio, Jesús dijo: «el que cree en mí, como dice la Escritura: “De su seno brotarán manantiales de agua viva”». Aquellas aguas vivas han comenzado a

brotar en nosotros con el Bautismo, y se transforman en un río siempre más caudaloso en cada celebración de la Eucaristía.

## **CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA**

### **III LOS MISTERIOS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESUS**

#### **El Bautismo de Jesús**

**535** El comienzo (cf. Lc 3, 23) de la vida pública de Jesús es su bautismo por Juan en el Jordán (cf. Hch 1, 22). Juan proclamaba “un bautismo de conversión para el perdón de los pecados” (Lc 3, 3). Una multitud de pecadores, publicanos y soldados (cf. Lc 3, 10-14), fariseos y saduceos (cf. Mt 3, 7) y prostitutas (cf. Mt 21, 32) viene a hacerse bautizar por él. “Entonces aparece Jesús”. El Bautista duda. Jesús insiste y recibe el bautismo. Entonces el Espíritu Santo, en forma de paloma, viene sobre Jesús, y la voz del cielo proclama que él es “mi Hijo amado” (Mt 3, 13-17). Es la manifestación (“Epifanía”) de Jesús como Mesías de Israel e Hijo de Dios.

**536** El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente. Se deja contar entre los pecadores (cf. Is 53, 12); es ya “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Jn 1, 29); anticipa ya el “bautismo” de su muerte sangrienta (cf. Mc 10, 38; Lc 12, 50). Viene ya a “cumplir toda justicia” (Mt 3, 15), es decir, se somete enteramente a la voluntad de su Padre: por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados (cf. Mt 26, 39). A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo (cf. Lc 3, 22; Is 42, 1). El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a “posarse” sobre él (Jn 1, 32-33; cf. Is 11, 2). De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, “se abrieron los cielos” (Mt 3, 16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como preludio de la nueva creación.

**537** Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección: debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús, para subir con él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y “vivir una vida nueva” (Rm 6, 4):

*Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él para ser glorificados con él* (S. Gregorio Nacianc. Or. 40, 9).

*Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño de agua, el Espíritu Santo descende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la Voz del Padre, llegamos a ser hijos de Dios* (S. Hilario, Mat 2).

---

## **RANIERO CANTALAMESSA ([www.cantalamessa.org](http://www.cantalamessa.org))**

### **Descendió sobre él el Espíritu Santo**

La liturgia celebra hoy la fiesta del Bautismo de Jesús en el Jordán. La parte del Evangelio, que nos interesa más directamente, es breve y podemos volverla a oír por entero:

«Todo el pueblo se estaba bautizando. Jesús, ya bautizado, se hallaba en oración, se abrió el cielo, bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado”».

Estamos delante, por así decirlo, de la primera manifestación pública del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento y es la mejor ocasión para hacer una reflexión un poco más profunda sobre él. El

Espíritu Santo ya no debe ser más para nosotros «el gran desconocido». En efecto, ¿qué es la vida cristiana sin el Espíritu Santo? Es un matrimonio sin amor, una flor sin perfume, un cuerpo sin vida.

Miguel Ángel nos ha dejado en un fresco celeberrimo de la bóveda de la capilla Sixtina, sin quizás pretenderlo, una de las más efectivas representaciones del Espíritu Santo. Dios Padre dirige el dedo de la mano derecha, cargado de energía, hacia Adán que yace en tierra lánguido e inerte. De aquel contacto Adán recibirá fuerza para ponerse en pie y llegar a ser «un ser viviente». «Dedo de Dios» (o «dedo de la diestra de Padre», como lo llama el himno latino *Veni Creator*) es uno de los nombres que la Escritura da al Espíritu Santo (cfr. *Lucas* 11,20). Y es por medio de él por el que nosotros recibimos la gracia que nos hace revivir.

«Envías tu aliento, oh Espíritu, y los creas, y repueblas la faz de la tierra» (*Salmo* 104, 30).

Para poder descubrir quién es el Espíritu Santo el camino más sencillo es partir de aquello que decimos cada vez que recitamos el *Credo*: «Creo en el Espíritu Santo, señor y dador de vida».

En estas palabras está resumido lo esencial de nuestra fe en la tercera persona de la Trinidad. El título «Señor» indica lo que el Espíritu *es* (Dios de la misma naturaleza del Padre y del Hijo); la expresión «dador de vida» indica lo que el Espíritu Santo *hace*. Pero, ¿en qué sentido el Espíritu «da la vida»? ¿No nos dan la vida los padres? Sí, la vida natural o del cuerpo nos la dan los padres; pero, la vida sobrenatural o del alma, la vida eterna, no nos la pueden dar los padres. Nos la ha merecido Jesucristo con su muerte en cruz. Jesús dijo a Nicodemo:

«En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu» (*Juan* 3, 4-6).

Por lo tanto, la primera condición para alcanzar el Espíritu Santo es renacer del agua y del Espíritu, esto es, recibir el bautismo. Y así, del bautismo de Jesús pasamos con toda naturalidad a hablar de nuestro bautismo. El día de Pentecostés, Pedro le dijo a la gente: «Que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para perdón de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*Hechos* 2, 37 s.). El bautismo es la puerta de ingreso en la salvación. Jesús mismo en el Evangelio dice: «El que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea, se condenará» (*Marcos* 16, 16).

Hoy nadie dice que por el simple hecho de no ser bautizado será uno condenado e irá al infierno. Los niños muertos sin bautismo, como también las personas, que han vivido fuera de la Iglesia sin culpa suya, pueden salvarse (estas últimas sólo si viven según los dictámenes de su conciencia).

Mas, alguno se ha planteado la pregunta: «¿Y qué ocurre con los niños no nacidos, los que no han podido vivir la aventura maravillosa de la vida?» A esta pregunta yo respondería como sigue. Olvidemos la idea del limbo sin gozo y sin pena, como el mundo de lo irrealizado para siempre, donde terminarían los niños no bautizados junto con los justos muertos antes de Cristo. Esta doctrina, que ha sido igualmente común durante siglos, no ha sido nunca aceptada oficialmente y definida por la Iglesia. Era una hipótesis teológica provisional, en espera de una solución más satisfactoria y, como tal, superable gracias a una mejor comprensión de la palabra de Dios.

El niño no nacido y no bautizado se salva y va a unirse de inmediato a la compañía de los bienaventurados en el paraíso. Su suerte no es distinta de la de los santos Inocentes, que hemos festejado inmediatamente después de la Navidad. El motivo de ello es que Dios es amor y «quiere que todos se salven» y sin duda Cristo ¡ha muerto también por ellos!

Nos podemos preguntar si estos seres alcanzarán alguna vez aquella madurez y plenitud, que la naturaleza o el rechazo de los hombres les ha negado, o si por el contrario permanecerán como seres «incompletos», también en el cielo. Del mismo modo a esta pregunta hemos de responder afirmativamente. «El Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob no es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven» (*Lucas 20, 37-38*). «Viven» en el sentido pleno de la palabra. Salvarse significa alcanzar también aquella plenitud humana que normalmente alcanzan las personas a través de una larga serie de experiencias. Todos estamos destinados a alcanzar «el estado de hombre perfecto, la plena madurez de Cristo» (*Efesios 4,13*).

Pero, esto vale para todos y no solo para los niños no nacidos. «Todos seremos transformados» (*I Corintios 15, 51*). ¿Quién de nosotros deja esta vida totalmente cumplida? ¿Cuántos límites físicos, morales, intelectuales, tienen en el momento de la muerte incluso los más grandes genios! ¡Ay si el más allá consistiese en un estar fijos para siempre en el estado en que hemos sido encontrados en el momento de la muerte! Las primeras palabras que dice Dios a quienes se acercan a él «desde la gran tribulación» del mundo son estas: «Mira que hago nuevas todas las cosas» (*Apocalipsis 21, 4-5*).

Por lo tanto, no debemos preocuparnos por los que sin culpa suya mueren no habiendo recibido el bautismo, aun habiendo hecho cuanto esté de nuestra parte para que esto no sucediera. Distinto es, por el contrario, el caso de quien, conociendo a Jesucristo y sus palabras, deja pasar el tiempo sin recibir el bautismo sólo por pereza o abandono, aun advirtiendo quizás en el fondo de la conciencia su importancia y su necesidad. En este caso la palabra de Jesús recordada antes conserva toda su seriedad: sólo «quien crea y sea bautizado se salvará» (cfr. *Marcos 16, 16*).

Esto me ofrece la ocasión para tocar un punto que considero importante. Hay siempre cada vez más personas de nuestra sociedad que, por varios motivos, no han sido bautizadas siendo niños. Esto acontece a veces porque los padres creen que deben dejar decidir a los hijos, de mayores, si hacerse bautizar o no. Yo no discuto en este momento tal decisión. Señalo sólo un grave riesgo, esto es, que estos hijos lleguen a ser mayores sin que ya nadie decida nada más ni en un sentido ni en otro. Los padres no se ocuparán más porque ahora, piensan, ya no es deber de ellos; y los hijos, porque tienen otras cosas que pensar; y también porque no ha entrado todavía en la mentalidad común el que una persona deba tomar, ella misma, la iniciativa de hacerse bautizar. Así, con ello se crea un vacío peligroso. Algunos se dan cuenta de no estar bautizados y confirmados sólo cuando comienzan a hacer los cursillos prematrimoniales o cuando inician los papeles para casarse. Y es ya hasta una suerte, porque otros pasan por alto incluso en esta ocasión y llegan al final de la vida sin ni siquiera haberse nunca planteado el problema.

Precisamente para acudir ante esta situación la Iglesia da mucha importancia hoy a la así llamada «iniciación cristiana de los adultos». Ésta le ofrece al muchacho o al adulto no bautizado la ocasión de instruirse, de prepararse y de decidir con toda libertad. Es necesario romper la idea de que el bautismo sea sólo una cosa de niños. El bautismo formula su significado pleno, precisamente, cuando es querido y decidido personalmente como una adhesión libre y consciente a Cristo ya su Iglesia; también, si no es absolutamente necesario minusvalorar la validez y el don que representa estar bautizados de niños por los motivos que expliqué el año pasado en la fiesta de hoy. Personalmente yo estoy agradecido a mis padres por haberme hecho bautizar en los primeros días de mi vida. ¡No es la misma cosa vivir la infancia y la juventud con la gracia santificante como sin ella!

Para terminar, volvemos a referirnos a la imagen del dedo de Dios de Miguel Ángel. Aquel Adán por tierra y necesitado de vigor somos cada uno de nosotros. El bautismo nos representa el primer contacto con aquel dedo divino, que es el Espíritu Santo y que nos comunica energía y vida.

Pero, eso no debe permanecer aislado. Hemos de renovar frecuentemente este contacto con la oración y los sacramentos.

Miguel Ángel en aquella pintura ha cometido un solo «error»: no ha situado junto a Adán también a Eva. El dedo de Dios, que es el Espíritu Santo, está dirigido del mismo modo hacia todo hombre y toda mujer. Se espera sólo que desde la otra parte haya alguien pronto a recibir su toque vivificante.

---

**FLUVIUM ([www.fluvium.org](http://www.fluvium.org))**

### **Destinados a la Trinidad**

Celebramos, hoy junto con toda la Iglesia, el Bautismo del Señor. Jesucristo aparece ante los hombres, concretamente ante Juan el Bautista y todo el pueblo que era bautizado por él en el río Jordán, en el ámbito sobrenatural de la Santísima Trinidad. Siendo el Verbo encarnado, la segunda de las personas trinitarias hecho hombre, habitaba ya permanentemente, eternamente, en la intimidad del Padre y el Espíritu Santo. Su bautismo en el Jordán tenía por eso un sentido eminentemente ejemplar y cuantos lo observaron pudieron reconocer que Jesucristo, siendo hombre, mantenía una relación muy singular –única–, con Dios: con el Padre y con el Espíritu Santo.

Para nosotros es trascendental reconocer y admirar el Bautismo del Señor, pues somos bautizados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Esto es lo definitivo para los hombres, llamados como estamos por Dios a la intimidad trinitaria. Lo nuestro, lo que nos distingue y eleva sobremanera por encima del resto de la Creación, es esa relación con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo que, por la Gracia, comienza con nuestro bautismo y se desarrolla a partir de él. Es el designio de Dios para los hombres, que alcanza su plenitud, después de esta vida, en la eterna Bienaventuranza del Cielo.

Bastantes hombres, la mayoría en algunas culturas, hemos sido bautizados por deseo de nuestros padres al poco de nacer. Posiblemente después, en coherencia con aquel primer deseo paterno de que participáramos de la vida de Dios, nos ofrecieron una educación en la fe del Evangelio. Pasado el tiempo, con el comienzo de la discreción y de la vida moral, pudimos libremente orientar nuestra vida según el deseo divino. En cada jornada descubríamos continuas ocasiones de amar a Dios, aunque también pudiéramos vivir a nuestro antojo, al margen de lo que reconocíamos que esperaba el Señor de nosotros. Es claro, en todo caso, que no es posible alcanzar esa intimidad eterna con la Trinidad Beatísima, sin un libre y decidido querer por parte del hombre. Al designio divino debe corresponder la personal voluntad.

Es éste un buen día para acordarnos, en la presencia de Dios Nuestro Señor, de los que no han recibido la Gracia del Bautismo y carecen del mayor don que podemos poseer las personas. Nuestro amor a Dios, que **quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad**, según las palabras de san Pablo, nos lleva a suplicar para ellos la Gracia de la fe y, con ella, el Bautismo. Supliquemos al Señor que sean bautizados todos los niños recién nacidos, para que la Trinidad habite en su alma desde sus primeros vagidos. Así, más tarde, responsablemente, en el ejercicio de su libertad, podrán crecer en la vida de la Gracia como en la vida del cuerpo.

No olvidemos las palabras de Jesús a sus discípulos, con las que san Mateo concluye su evangelio: **Se me ha dado todo poder en el Cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo cuanto os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos**

**los días hasta el fin del mundo:** lo que, con su venida, ha traído a este mundo ha sido la Vida de la Trinidad, para que el hombre pueda vivirla. Una vida de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo a la medida de los hombres. En esto se nos ha manifestado el Amor de Dios. El Amor generoso de Dios le ha llevado a ofrecérsenos Él mismo, para que vivamos de su Vida como hijos muy queridos.

Nos encontramos, pues, en permanente camino hacia nuestra Patria definitiva. Unidos a todos los cristianos y en fidelidad al Romano Pontífice, que guía infalible nuestros pasos, fomentaremos el trato con la Tercera Persona de la Trinidad, con el Espíritu Santo. Es –nos recordaba el Santo Padre, Juan Pablo II–, **también para nuestra época, el agente principal de la nueva evangelización (...), Aquél que construye el Reino de Dios en el curso de la historia y prepara su plena manifestación en Jesucristo, animando a los hombres en su corazón y haciendo germinar dentro del vivir humano las semillas de la salvación definitiva, que se dará al final de los tiempos.**

En efecto, esa vida efectiva de intimidad con las tres divinas personas es obra del Paráclito en nosotros. **Ven, Espíritu Santo** –le pedimos con la Liturgia de la Iglesia–, **enciende en nosotros el fuego de tu Amor.** Deseamos amar como Dios ama, lo que Él ama. Y notamos, de un modo sorprendente, indescriptible, que Dios mismo nos amó primero, pues recordamos las palabras del Señor: **Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.**

¿Cómo no desear corresponder, felices y agradecidos, reconociendo nuestros egoísmos y pecados, y acogiendo ese deseo salvador de Dios que nos espera en la inmensa riqueza de su intimidad? Seguramente reconocemos que hemos de purificarnos de ciertos afectos: apegos desordenados a cosas, a ideales, a nosotros mismos; y que tendemos a ocupar el lugar de Dios deseando ser los protagonistas de nuestra vida. Deseemos, como Santa María, que sea Nuestro Señor el centro de nuestros pensamientos y afectos. Ella, que sólo quiso ser su esclava y que se cumpliera en Ella Su Voluntad, es por eso la Bendita entre las mujeres.

---

**PALABRA Y VIDA ([www.palabayvida.com.ar](http://www.palabayvida.com.ar))**

### **Volver a sumergirse en el propio bautismo**

En el fragmento del Evangelio de hoy se habla de dos bautismos: el Bautismo que Jesús recibe y el Bautismo que Jesús promete; se habla del Bautismo de Jesús y de nuestro Bautismo. Del primero se habla como de un hecho histórico (Lc. 3, 1-3): *El año decimoquinto del reinado del emperador Tiberio... toda la región del río Jordán;* del segundo, se habla en futuro, como de una promesa: *él los bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego.*

Estas palabras representan, para el sacramento del Bautismo, lo que el discurso sobre el pan de vida de Cafarnaúm representa para la Eucaristía. Antes de ser instituidos en su muerte-resurrección, los dos máximos sacramentos fueron prometidos y explicados *por* Jesús durante su vida.

El Bautismo que Jesús recibe es todavía el Bautismo viejo, con agua, de Juan Bautista; pero el hecho de que descendiera *sobre él el Espíritu Santo en forma corporal como una paloma* hizo de ese Bautismo un Bautismo nuevo, ¡el primer Bautismo en el Espíritu Santo! No sólo el primero, sino el modelo y la fuente de todo Bautismo cristiano. En el Jordán, el agua no santificó a Jesús sino que Jesús santificó el agua, ¡todas las aguas! Cada Bautismo cristiano no hace más que prolongar el

misterio de ese día: el Espíritu Santo desciende sobre una criatura humana y esa criatura pasa a ser “hijo muy querido” en el cual el Padre tiene puesta toda su predilección.

También para nosotros fue así; pero, ¿qué sabemos nosotros de ese acontecimiento grandioso que marcó el inicio de nuestra vida cristiana? El Bautismo fue y es todavía para muchísimos cristianos como una encomienda-regalo recibida hace mucho tiempo, pero que todavía no fue desenvuelta y abierta. Tenemos el paquete, pero no conocemos el don que hay en su interior; al no *conocer* el don, no sabemos que somos ricos, no pensamos en dar las gracias, en alabar, en alegrarnos. Somos hijos de Dios, pero no lo sabemos. Del Bautismo nos quedó el “carácter indeleble” que nos permite cumplir legítima y válidamente todos los actos de la vida cristiana; pero el fruto del Bautismo sigue “atado” y por eso no logramos oír en nuestro interior esa voz dulcísima que nos dice: “¡Tú eres mi Hijo muy querido!”

En esta fiesta de hoy, debemos desatar con decisión ese paquete-regalo, volver a sumergirnos en las aguas de nuestro Bautismo. Los dones de Dios pasan a ser verdaderos y eficaces para nosotros solamente a partir del momento en que, iluminados por el Espíritu Santo, tomamos conciencia de ellos y los recibimos con fe; en cierto sentido, hoy recibimos por lo tanto, el Bautismo. Esto es posible justamente porque el Bautismo de Jesús es un Bautismo “en el Espíritu Santo” y el Espíritu Santo no se derrama como el agua en el Bautismo; queda y puede volver y volver a encenderse como el fuego cubierto por las cenizas. Hay varios modos de “desarrollar” el significado del Bautismo, pero el mejor es seguir el desarrollo de los ritos y los signos que lo acompañan. Los sacramentos realizan lo que indican los signos. La liturgia bautismal encierra la mejor catequesis sobre el Bautismo. Tratemos, pues, de volver a hacer pasar frente a nuestra mirada, uno por uno, los principales momentos de un Bautismo al que hayamos asistido recientemente y que recordemos con particular intensidad.

Al comienzo, está la proclamación de la palabra de Dios; se leen trozos de la Escritura. Esto porque el agua no regenera sin la fe y la fe es suscitada por la palabra de Dios (Rom. 10,17: *La fe, por lo tanto, nace de la predicación y la predicación se realiza en virtud de la Palabra de Cristo*). El poder de ser hijos de Dios es dado a todos aquellos que recibieron la palabra de Dios y a los que creen en su nombre (cf. Jn. 1,12); por eso san Pablo dice que la Iglesia –y todo hombre que se une a ella– es purificada *con el bautismo del agua y la palabra* (Ef. 5,26). Así como en la Eucaristía está la doble mesa de la palabra y el pan, en el Bautismo está el doble lavado de la palabra y el agua. La palabra de Dios no es sólo alimento sino también purificación; quita el velo de los ojos y hace ver la luz, hace creer.

Después de la palabra de Dios, entra en escena el agua, la querida hermana agua, de la cual san Francisco decía que es humilde, preciosa y casta. Aquí, en el Bautismo, sin embargo, aparece más como madre que como hermana, porque en ella, como en un seno materno, el creyente es generado para la nueva vida. Junto a la pila bautismal, el sacerdote bendice, y casi “presenta”, el agua que deberá servir para el Bautismo. El hecho de haber sido elegida por Jesús para el Bautismo y para simbolizar el Espíritu convirtió al agua, junto con el pan y el vino, en una criatura cara a los cristianos. Los primeros cristianos, provenientes del paganismo, se enternecían recordando el agua de su propio Bautismo; la llamaban, casi con afecto, “nuestra agua” (Tertuliano, *De Bapt.* 1,1).

Con el agua se evocan los grandes acontecimientos en la historia de la salvación: la creación, el diluvio, el Mar Rojo, el agua del Jordán donde fue bautizado Jesús, el agua que salió del costado de Cristo. Cada uno de esos momentos contiene una figura del Bautismo y dice algo sobre su significado. Incluso el diluvio, incluso el agua del Mar Rojo que fueron en realidad aguas perturbadoras. De hecho, esta agua realiza un juicio, una separación; inunda lo impuro y lo malvado

en el hombre y salva lo puro, lo recto; ahoga el pecado para salvar al pecador. Eso fue lo que ocurrió con el paso del Mar Rojo: llegaron juntos los israelitas y los carros del faraón; entraron juntos en el agua, pero sólo Israel salió libre para seguir camino hacia la tierra prometida; los otros –los enemigos– se quedaron anegados en el mar. El Bautismo también es un “mar rojo” –San Agustín– porque está teñido de la sangre de Cristo (*Ser-Morin-Guelf*, 1,9; PLS, II p. 542).

En un momento del rito bautismal, se produce un cambio brusco de clima, hay un instante “dramático”. Ya al comienzo del Bautismo, la oración de exorcismo había mencionado una triste realidad: el bautizando no llega al Bautismo neutro, listo, como cera virgen para adoptar cualquier forma; ya tiene una, desgraciadamente, especialmente si se trata de un adulto; ya es esclavo del pecado, está sometido al poder de las tinieblas, a las seducciones del mundo (oración de exorcismo). Llega el momento en que es necesario elegir: o por Cristo o por el mundo; o del lado de la luz o del lado de las tinieblas; o con la carne, o con el Espíritu; o con Dios o con Satanás: ¿Renuncias al pecado, a las seducciones del mal, a Satanás? ¡Renuncio! ¿Crees en Dios, en Jesucristo, en el Espíritu Santo, la Iglesia, la vida eterna? ¡Creo!

Para renacer hay que elegir; más aún, el renacimiento mismo es, en cierto sentido, una elección, a diferencia del nacimiento natural que es sólo un don recibido pasivamente de otros. En estas simples palabras está delineado un movimiento; al menos así se lo vio al comienzo de la Iglesia: el catecúmeno se volvía de oeste a este, indicando, así, que se apartaba de las tinieblas y del maligno para lanzarse hacia la luz y hacia Cristo: “Huyendo de las tinieblas corre hacia el día, vuelto hacia él este busca el sol, liberado de las manos “del tirano adora al rey” (Cabasilas, *Vita in Cristo*, II,3). Cuando asistamos al próximo Bautismo, imaginemos, en ese punto, esta carrera del alma hacia adelante, con los brazos extendidos para abrazar a Cristo como Magdalena en la mañana de Pascua.

Así se llega al momento del verdadero Bautismo propiamente dicho. El celebrante hace que los padres, que tienen al niño en brazos, o el adulto acompañado por los padrinos, se acerquen a la pila y, le sumerge la cabeza tres veces en el agua (Bautismo de inmersión) o derrama agua sobre la cabeza (Bautismo de aspersion), pronunciando sobre el bautizando –al que llama por su nombre– las solemnes palabras: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”.

Para comprender todo el significado de este gesto, es necesario volver a pensar en cómo era originariamente: el catecúmeno se quitaba la ropa, entraba en el agua de un río o una piscina, se sumergía tres veces hasta la cabeza y las tres veces volvía a salir. La triple inmersión y salida a la superficie representaba la muerte de tres días y la resurrección de Cristo. San Pablo tiene presente este rito cuando explica el Bautismo en estos términos: *¿No saben ustedes que todos los que fuimos bautizados en Cristo Jesús, nos hemos sumergido en su muerte? Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que así como Cristo resucitó por la gloria del Padre, también nosotros llevemos una Vida nueva* (Rom. 6,3-4). La inmersión en el agua simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión reiterada simboliza y actualiza la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo: “En el mismo instante, murieron y nacieron y la misma onda benéfica fue para ustedes sepulcro y madre” (Cirilo de Jerusalén, *Cat. Mist.* 2).

Todo esto se desarrolla como bajo la mirada del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, presentes por la fórmula bautismal, de modo que, mientras *los gestos* evocan el misterio de la Encarnación y la Pascua de Cristo, *las palabras* evocan la Trinidad; se proclaman así los dos misterios principales de la fe y la unidad del plano divino de salvación que sale del Padre y vuelve al Padre.



Los últimos ritos del Bautismo anuncian su prolongación en la vida. Son la unción con el crisma, la vestimenta blanca, la lámpara encendida, el rito de la apertura de los oídos y los labios.

El vestido de Bautismo blanco es símbolo de la inocencia y de la dignidad reconquistada, que es necesario mantener y mostrar en la conducta de vida; la lámpara es el testimonio que el cristiano debe dar: *Así debe brillar la luz que hay en ustedes a fin de que ellos vean...* (Mt. 5,16).

Una última cosa que debe conmovemos del Bautismo es el nombre. Ese día fue pronunciado por primera vez en público, frente a los ángeles y los hombres, nuestro nombre; recibimos el nombre. ¡Cuánto significado hay en todo eso! Nuestro verdadero “yo”, el hombre nuevo, el que Dios conoció y amó desde la eternidad, nació ese día y es justo que ese día, y no antes, haya tenido un nombre. Es justo que ese nombre haya sido proclamado frente a Dios. Existir, en el sentido verdadero, para nosotros los hombres, significa ser *conocidos por Dios* (Gal. 4,9), ser llamados por el nombre por Él que nos eligió en Jesucristo antes de que el mundo existiera, para ser hijos suyos: *Y ahora, así habla el Señor, el que te creó, Jacob, el que te formó, Israel; No temas, porque yo te he redimido, te he llamado por tu nombre: tú me perteneces* (Is. 43,1). Es el ver dadero Padre –el de los cielos– que, por boca de la Iglesia, nos impuso el verdadero nombre. María Magdalena se estremeció al oírse llamar por su nombre por Jesús el día de Pascua (cf. Jn, 20,16). Y nosotros nos estremeceremos de alegría el día en que lleguemos a sentir en nuestro corazón nuestro nombre pronunciado por Dios. Ese es el modo justo con el cual nuestro nombre será pronunciado en la eternidad. O sea, que también el nombre forma parte del misterio; es un “recuerdo” de nuestro Bautismo.

Dije que los últimos ritos anuncian la prolongación del Bautismo en la vida. Ahora llegó el momento de dar, precisamente, el largo salto del sacramento a la vida, de “ese día” al día de hoy. El Bautismo no es un acto realizado y cerrado en sí mismo; es la inauguración de algo –un estado, o mejor aún, un proceso– que debe continuar durante toda la vida. Hasta ese acto final que Jesús llamaba “su Bautismo” (un Bautismo no de agua, ¡sino de tierra!) que será la muerte; entonces, la creatura nueva concebida en el Bautismo irá finalmente hasta la luz y “aparecerá” al descubierto lo que ahora somos solamente en forma oculta, es decir, hijos de Dios (cf. 1 Jn. 3,2).

No somos hijos de Dios bien formados a partir del día de nuestro Bautismo; en cierto sentido, ese día no recibimos el ser hijos de Dios, sino sólo el poder de serlo: *A todos los que la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios* (Jn, 1,12). *El poder*: o sea, no un don recibido pasivamente que con el pasar del tiempo se puede solamente agotar o perder, sino más bien cooperación, corresponsabilidad en la salvación; *de llegar a ser*: o sea, un poder que implica desarrollo, maduración, compromiso personal. Debemos pasar de una visión estática del Bautismo y de la vida cristiana a una visión dinámica; debemos llegar a ser (¡de hecho!) lo que ya somos (de derecho). De ahí la necesidad de preocuparnos; no podemos conformarnos con permanecer en el estado infantil de los raquíuticos espirituales. ¡Cuántas preocupaciones respecto de un recién nacido que no crece lo suficiente y que no crece regularmente! ¡Cuántos médicos se consultan, cuántos gastos se afrontan, y con razón! Pero los padres que hacen todo esto a menudo no se dan cuenta de que, en el plano espiritual, su caso es más serio que el de su propio hijo...

Llegamos a ser hijos de Dios maduros y “formados” –dice Juan– “recibiendo a Jesús”, “creyendo en su nombre”, o sea por medio de la fe; he aquí, entonces, la palabra clave para vivir el propio Bautismo: crecer en la vida de fe; no sólo a nivel intelectual (aprendiendo cada vez mejor lo que se debe creer) sino sobre todo a nivel práctico (viviendo lo que se aprendió), Hacer de la fe el propio elemento vital, el criterio de juicio, el motivo de las elecciones: es así como llegamos a la luz, nos asemejamos a Jesús y nos convertimos en “hijos en el Hijo”.

Volvimos a revivir nuestro Bautismo; desatamos la encomienda-don y conocemos los regalos que Dios nos hizo. Lo hicimos todo el día en que la liturgia conmemora el Bautismo de Jesús y lo hicimos en el ámbito de una celebración eucarística. El Bautismo lleva a la Eucaristía; acercándonos al santo banquete, somos ahora como los hebreos que, salidos de las aguas del Mar Rojo, se aprestan a recibir el maná, “el pan del cielo que contiene en sí toda dulzura”.

---

**BIBLIOTECA ALMUDÍ ([www.almudi.org](http://www.almudi.org))**

*Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II*

**Homilía en la fiesta del Bautismo del Señor (12-I-1997)**

**– El bautismo de penitencia de Juan**

“Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19).

La Iglesia celebra hoy el bautismo de Cristo, y también este año tengo la alegría de administrar, en esta circunstancia, el sacramento del bautismo a algunos recién nacidos.

Antes de administrar el sacramento a estos niños recién nacidos quisiera detenerme a reflexionar con vosotros en la palabra de Dios que acabamos de escuchar. El Evangelio de San Marcos, como los demás sinópticos, narra el bautismo de Jesús en el río Jordán. La liturgia de la Epifanía recuerda este acontecimiento, presentándolo en un tríptico que comprende también la adoración de los Magos de Oriente y las bodas de Caná. Cada uno de estos tres momentos de la vida de Jesús de Nazaret constituye una revelación particular de su filiación divina.

Lo que Juan el Bautista confería a orillas del Jordán era un bautismo de penitencia, para la conversión y el perdón de los pecados. Pero anunciaba: “Detrás de mí viene el que puede más que yo (...). Yo os he bautizado con agua, pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mc 1,7-8). Anunciaba esto a una multitud de penitentes, que se le acercaban confesando sus pecados, arrepentidos y dispuestos a enmendar su vida.

**– El bautismo libera de la culpa original y perdona los pecados**

De muy diferente naturaleza es el bautismo que imparte Jesús y que la Iglesia, fiel a su mandato, no deja de administrar. Este bautismo libera al hombre de la culpa original y perdona sus pecados, lo rescata de la esclavitud del mal y marca su renacimiento en el Espíritu Santo; le comunica una nueva vida que es participación de la vida de Dios Padre y que nos ofrece su Hijo unigénito, hecho hombre, muerto y resucitado.

**– Revelación de la Santísima Trinidad**

Cuando Jesús sale del agua, el Espíritu Santo desciende sobre él como una paloma y tras abrirse el cielo, desde lo alto se oye la voz del Padre: “Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco” (Mc 1,11). Por tanto, el acontecimiento del bautismo de Cristo no es sólo revelación de su filiación divina, sino también, al mismo tiempo, revelación de toda la Santísima Trinidad: el Padre –la voz de lo alto– revela en Jesús al Hijo unigénito consustancial con él, y todo esto se realiza por virtud del Espíritu Santo que bajo la forma de paloma desciende sobre Cristo, el consagrado del Señor.

Los Hechos de los Apóstoles nos hablan del bautismo que el apóstol Pedro administró al centurión Cornelio y a sus familiares. De este modo, Pedro realiza el mandato de Cristo resucitado a sus discípulos: “Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del

Hijo y del Espíritu Santo” (Mt 28,19). El bautismo con el agua y el Espíritu Santo es el sacramento primero y fundamental de la Iglesia, sacramento de la vida nueva en Cristo.

También estos niños dentro de poco recibirán ese mismo bautismo y se convertirán en miembros vivos de la Iglesia. Serán ungidos con el óleo de los catecúmenos, signo de la suave fortaleza de Cristo, que se les da para luchar contra el mal. El agua bendita que se les derrama es signo de la purificación interior mediante el don del Espíritu Santo, que Jesús nos hizo al morir en la cruz. Después se recibe una segunda y más importante unción con el “crisma”, para indicar que son consagrados a imagen de Jesús, el ungido del Padre. La vela encendida que se les entrega es símbolo de la luz de la fe que los padres y padrinos deberán custodiar y alimentar continuamente con la gracia vivificante del Espíritu.

\*\*\*

### ***Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva***

“Se oyó una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, mi preferido”. En el Bautismo, que representa nuestro nacimiento a la vida cristiana, cada uno “vuelve a escuchar la voz que un día resonó a orillas del Jordán: Tú eres mi hijo amado, en ti me complazco (Lc 3,22); y entiende que ha sido asociado al Hijo predilecto. Se cumple así en la historia de cada uno el designio del Padre: a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que Él fuera el primogénito entre muchos hermanos (Rom 8,29)” (Juan Pablo II).

Saboreemos esta verdad al pensar en nuestro Bautismo y procuremos no olvidarla, sobre todo, cuando la vida presente su cara menos simpática. Quien ha creado todo lo que vemos y no vemos, al que adoran millones y millones de ángeles con enorme respeto y una profunda veneración, quien tiene en sus manos el destino de este mundo que pasa, es mi Padre. Mi Padre. No un ser lejano que vive el margen de mis temores y esperanzas, sino Alguien a quien puedo acudir con la confianza con la que un pequeño acude a su madre o a su padre en sus apuros.

Desde el día de nuestro Bautismo, el Espíritu Santo que descendió también a nuestro corazón va labrando en él la imagen de Jesús. Pero “no como un artista, dice S. Cirilo de Alejandría, que dibujara en nosotros la divina sustancia como si Él fuera ajeno a ella. No es de esta forma como nos conduce a la semejanza divina; sino que Él mismo, que es Dios y de Dios procede, se imprime en los corazones que lo reciben como el sello sobre la cera y, de esa forma, por la comunicación de sí y la semejanza, restablece la naturaleza según la belleza del modelo divino y restituye al hombre la imagen de Dios”.

Si somos dóciles a esa acción del Espíritu Santo y que se manifiesta en impulsos de una mayor generosidad con Dios y con quienes nos rodean, en una lucha más seria contra nuestras inclinaciones torcidas, iremos poco a poco pareciéndonos cada vez más a Jesucristo, haciéndonos una sola cosa con Él, sin dejar de ser nosotros mismos, como ese hierro que metido en la fragua va progresivamente llenándose de luz y energía. Nuestra vida se convierte entonces, en cierto sentido, en una prolongación de la vida terrena de Jesús, porque Él vive verdaderamente en nosotros como el fuego en el hierro.

San Francisco de Sales solía decir que entre Jesucristo y los buenos cristianos no existe más diferencia que la que se da entre una partitura y su interpretación por diversos músicos. La partitura es la misma, pero la interpretación suena con una modalidad distinta, personal; y es el Espíritu Santo quien la dirige contando con las distintas maneras de ser de esos instrumentos que somos nosotros. ¡Qué inmenso valor adquiere entonces todo lo que hacemos: el trabajo, las contrariedades diarias bien llevadas, los pequeños y grandes servicios, el dolor! Sí, Dios se complace en nosotros, porque en cada uno ve la imagen de su Hijo preferido.

\*\*\*

***Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica***

«El hijo amado del Padre es el Hijo-siervo»

**I. LA PALABRA DE DIOS**

Is 42,1-4.6-7: «Mirad a mi siervo a quien prefiero»

Sal 28,1-4.9-10: «El Señor bendice a su pueblo con la paz»

Hch 10,34-38: «Dios ungió a Jesús con la fuerza del Espíritu Santo»

Mt 3,13-17: «Apenas se bautizó Jesús, vio que el Espíritu de Dios bajaba sobre él»

**II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO**

El «Siervo» es presentado por Isaías como alguien excepcional y desconcertante. Su misión de renovar a Israel, haciendo retornar a los exilados, es presentada por S. Mateo, tan amigo de citar el AT, como el que toma nuestras flaquezas y carga con nuestras enfermedades.

A las comunidades cristianas les preocupaba por qué Cristo se hizo bautizar. La razón de que «cumplamos así todo lo que Dios quiere», parece expresar la plena solidaridad con la humanidad pecadora a la que había venido a salvar. La presentación como «Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» invita a pensar así. La salvación la llevará a cabo como «siervo paciente de Dios», según Isaías.

**III. SITUACIÓN HUMANA**

La vida es un reto permanente para el que quiere tomársela en serio. Una cosa es dejar pasar los días y otra vivirlos. El hombre hace fructífera su existencia cuando afronta el afán de cada día.

Hay hombres que entienden su vida como una apuesta en beneficio de los demás, y pueden encontrarse en el camino con quienes han hecho lo mismo que ellos.

Jesús, al comienzo de su vida pública, tiene delante el proyecto salvador del Padre y le va a costar la vida. Pero esa es precisamente la razón de su vivir: «Dar la vida en rescate por muchos».

**IV. LA FE DE LA IGLESIA**

*La fe*

– El Bautismo de Jesús: “El bautismo de Jesús es, por su parte, la aceptación y la inauguración de su misión de Siervo doliente...anticipa ya el «bautismo» de su muerte sangrienta... por amor acepta el bautismo de muerte para la remisión de nuestros pecados. A esta aceptación responde la voz del Padre que pone toda su complacencia en su Hijo. El Espíritu que Jesús posee en plenitud desde su concepción viene a «posarse» sobre él. De él manará este Espíritu para toda la humanidad. En su bautismo, «se abrieron los cielos» (Mt 3,16) que el pecado de Adán había cerrado; y las aguas fueron santificadas por el descenso de Jesús y del Espíritu como prelude de la nueva creación” (536).

– El Bautismo en la economía de la salvación: 1224. 1225.

*La respuesta*

– Por el Bautismo, somos incorporados a la Iglesia y a su misión: “El Bautismo hace de nosotros miembros del Cuerpo de Cristo. El Bautismo incorpora a la Iglesia. De las fuentes

bautismales nace el único pueblo de Dios de la Nueva Alianza que trasciende todos los límites naturales o humanos de las naciones, las culturas, las razas y los sexos: «Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo» (1 Co 12,13)” (1267; cf 1268-1270).

– El Bautismo, remisión de los pecados: 1263. 1264.

### **El testimonio cristiano**

– «Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con él; descendamos con él para ser ascendidos con él; ascendamos con él, para ser glorificados con él (San Gregorio Nacianceno, Or. 40,9)» (537).

– «Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, llegaremos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat. 2)» (537).

La escena del Jordán, manifestación trinitaria, nos muestra el amor íntimo de Dios revelándose en el Hijo amado a los hombres.

---

## **HABLAR CON DIOS ([www.hablarcondios.org](http://www.hablarcondios.org))**

### **El bautismo del Señor.**

– **Manifestación del misterio trinitario en el Bautismo de Cristo.**

**I. Apenas se bautizó el Señor se abrió el cielo, y el Espíritu Santo se posó sobre Él como una paloma. Y se oyó la voz del Padre que decía: Éste es mi Hijo, el amado, mi predilecto<sup>1</sup>.**

Hace aún pocos días celebrábamos la *Epifanía*, la manifestación del Señor a los gentiles, representados en aquellos hombres sabios que llegaron a Jerusalén preguntando por el nacido rey de los judíos. Ya había tenido lugar una primera revelación a los pastores, que, en la misma noche de la Navidad, se dirigen al lugar donde ha nacido el Niño, a quien le llevan sus presentes. También la fiesta de hoy es una *epifanía*, una manifestación de la divinidad de Cristo señalada por la voz de Dios Padre, venida del Cielo, y por la presencia del Espíritu Santo en forma de paloma, que significa la Paz y el Amor. Los Padres de la Iglesia suelen señalar una tercera manifestación de la divinidad de Jesús. Ésta tendrá lugar en Caná de Galilea, donde, a través de su primer milagro, Jesús *manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en Él*<sup>2</sup>.

En la *Primera lectura* de la Misa<sup>3</sup>, Isaías anuncia la figura del Mesías: *He aquí mi siervo..., mi elegido, en quien se complace mi alma. Sobre Él he puesto mi Espíritu... La caña cascada no la quebrará, el pabilo vacilante no lo apagará... Yo, el Señor, te he llamado... para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión, y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas.* Esta descripción profética tiene su plena realización en el Bautismo del Señor. Entonces *descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre Él, y se oyó una voz que venía del cielo: Tú eres el Hijo mío, el amado, en Ti me he complacido*<sup>4</sup>. Las tres divinas Personas de la Trinidad intervienen en esta gran epifanía a orillas del Jordán: el Padre hace oír su voz, dando testimonio del Hijo, Jesús es bautizado por Juan, el Espíritu Santo desciende visiblemente sobre Él. La expresión de

---

<sup>1</sup> Antífona de entrada. Cfr. Mt 3, 16-17.

<sup>2</sup> Jn 2, 11.

<sup>3</sup> Is 42, 1-4;6-7.

<sup>4</sup> Lc 3, 22.

Isaías *mi siervo* es sustituida ahora por *mi Hijo amado*, que indica la Persona y la naturaleza divina de Cristo.

Con el Bautismo de Jesús se inicia de modo solemne su misión salvadora. A la vez, el Espíritu Santo comenzaba por medio del Mesías su acción en las almas, que durará hasta el fin de los tiempos.

La liturgia propia de este domingo es especialmente apta para que recordemos con alegría nuestro Bautismo y sus consecuencias en nuestra vida. Cuando San Agustín menciona en sus *Confesiones* el día en que recibió este sacramento, lo recuerda con profundo gozo: “rebotante de dulzura extraordinaria, aquellos días no me saciaba de considerar la profundidad de su designio para la salvación del género humano”<sup>5</sup>. Con ese gozo hemos de recordar hoy que hemos sido bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

El misterio del Bautismo de Jesús nos adentra en el misterio inefable de cada uno de nosotros, *pues de su plenitud recibimos todos gracia sobre gracia*<sup>6</sup>. Hemos sido bautizados no sólo en agua, como hacía el Precursor, sino *en el Espíritu Santo*, que nos comunica la vida de Dios. Demos gracias hoy al Señor por aquel día memorable en el que fuimos incorporados a la vida de Cristo y destinados con Él a la vida eterna. Alegrémonos de haber sido quizá bautizados a los pocos días de haber nacido, como es costumbre inmemorial en la Iglesia, en el caso de neófitos hijos de padres cristianos.

**– Nuestra filiación divina en Cristo por el sacramento del Bautismo.**

**II.** Fuimos bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para entrar en comunión con la Trinidad Beatísima. En cierto modo se han abierto para cada uno de nosotros los cielos, a fin de que entremos en la *casa de Dios* y conozcamos la filiación divina. “Si tuvieses piedad verdadera -enseña San Cirilo de Jerusalén-, también descenderá sobre ti el Espíritu Santo y oirás la voz del Padre desde lo alto que dice: éste no es el Hijo mío, pero ahora después del Bautismo ha sido hecho mío”<sup>7</sup>. La filiación divina ha sido uno de los grandes dones que recibimos aquel día en que fuimos bautizados. San Pablo nos habla de esta filiación y, dirigiéndose a cada bautizado, no duda en pronunciar estas dichosísimas palabras: *Ya no eres esclavo sino hijo: y si hijo, también heredero*<sup>8</sup>.

En el rito de este sacramento se indica que la configuración con Cristo tiene lugar mediante una regeneración espiritual, como enseñaba Jesús a Nicodemo: *quien no renaciere del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el Reino de Dios*<sup>9</sup>. “El Bautismo cristiano es, en efecto, un misterio de muerte y de resurrección: la inmersión en el agua bautismal simboliza y actualiza la sepultura de Jesús en la tierra y la muerte del hombre viejo, mientras que la emersión significa la resurrección de Cristo y el nacimiento del hombre nuevo”<sup>10</sup>. Este nuevo nacimiento es el fundamento de la filiación divina. Y así, por este sacramento, “los hombres son injertados en el misterio pascual de Jesucristo: mueren con Él, son sepultados con Él y resucitan con Él; reciben el espíritu de adopción de hijos, *por el que clamamos Abba! ¡Padre!* (Rom 8, 15), y se convierten así en los verdaderos adoradores que busca el Padre”<sup>11</sup>. Esta filiación lleva consigo la aniquilación de todo pecado del alma y la infusión de la gracia.

<sup>5</sup> SAN AGUSTIN, *Confesiones*, I, 9, 6.

<sup>6</sup> *Jn* 1, 16.

<sup>7</sup> SAN CIRILO DE JERUSALÉN, *Catequesis III, Sobre el Bautismo*, 14.

<sup>8</sup> *Gal* 4, 7.

<sup>9</sup> *Jn* 3, 5.

<sup>10</sup> JUAN PABLO II, *Ángelus* 8-I-1989.

<sup>11</sup> CONC. VAT. II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, 6.

Por el Bautismo se perdonan el pecado original y todos los pecados personales, y la pena eterna y temporal debida por los pecados. El ser configurados con Cristo resucitado, simbolizado en la emersión del agua bautismal, indica que la gracia divina, las virtudes infusas y los dones del Espíritu Santo se han asentado en el alma del bautizado, la cual se ha constituido en morada de la Santísima Trinidad. Al cristiano se le abren las puertas del Cielo, y se alegran los ángeles y los santos. En la naturaleza humana permanecen aquellas consecuencias del pecado original que, si bien proceden de él, no son en sí mismas pecado, pero inclinan a él; el hombre bautizado sigue sujeto a la posibilidad de errar, a la concupiscencia y a la muerte, consecuencias todas ellas del pecado original. Sin embargo, el Bautismo ha sembrado ya en el cuerpo humano la semilla de una renovación y resurrección gloriosas. ¡Qué diferencia tan enorme entre la persona que iba, o llevaban, camino de la iglesia para recibir este sacramento, y la que vuelve ya bautizada! El cristiano “sale del Bautismo resplandeciente como el sol y, lo que es más importante, vuelve de allí convertido en hijo de Dios y coheredero con Cristo”<sup>12</sup>.

Demos muchas gracias al Señor por tanto bien, que querríamos comprender hoy en toda su grandeza. Por último, *te pedimos..., Señor, humildemente que escuchemos con fe la palabra de tu Hijo para que podamos llamarnos y ser, en verdad, hijos tuyos*<sup>13</sup>. Es nuestro mayor deseo y nuestra más grande aspiración.

#### – Proyección del Bautismo en la vida diaria.

**III.** En la *Segunda lectura*, San Pedro recuerda aquel comienzo mesiánico de Jesús, que estaba en la mente de muchos de los que le escuchaban y del que algunos de ellos habían sido testigos oculares. *Conocéis -les dice el Apóstol- lo que sucedió en el país de los judíos, cuando Juan predicaba el bautismo, aunque todo comenzó en Galilea. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el diablo...*<sup>14</sup>

*Pertransivit benefaciendo..., pasó haciendo el bien...* Éste puede ser un resumen de la vida de Cristo aquí en la tierra. Ése debe ser el resumen de la vida de cada bautizado, pues toda su vida se desenvuelve bajo el influjo del Espíritu Santo: cuando trabaja, en el descanso, cuando sonríe o presta uno de los innumerables servicios que conlleva la vida familiar o profesional...

En la fiesta de hoy se nos invita a tomar renovada conciencia de los compromisos adquiridos por nuestros padres o padrinos, en nuestro nombre, el día de nuestro Bautismo; a reafirmar nuestra ferviente adhesión a Cristo y la voluntad de luchar por estar cada día más cerca de Él; y a separarnos de todo pecado, incluso venial, ya que al recibir este sacramento fuimos llamados a la santidad, a participar de la misma vida divina.

Es precisamente este Bautismo el que *nos hace fideles –fieles–, palabra que, como aquella otra, sancti –santos–, empleaban los primeros seguidores de Jesús para designarse entre sí, y que aún hoy se usa: se habla de los fieles de la Iglesia*<sup>15</sup>. Seremos fieles en la medida en que nuestra vida –¡tantas veces lo hemos meditado!– esté edificada sobre el cimiento firme y seguro de la oración. San Lucas nos ha dejado escrito en su Evangelio que Jesús, después de haber sido bautizado, *estaba en oración*<sup>16</sup>. Y comenta Santo Tomás de Aquino: en esta oración, el Señor nos

<sup>12</sup> SAN HIPOLITO, *Sermón sobre la Teofanía*.

<sup>13</sup> *Oración después de la comunión*.

<sup>14</sup> Segunda lectura. *Hech* 10, 34-38.

<sup>15</sup> SAN JOSEMARÍA, *Forja*, n. 622.

<sup>16</sup> Cfr. *Lc* 3, 21.

enseña que “después del Bautismo le es necesaria al hombre la asidua oración para lograr la entrada en el Cielo; pues, si bien por el Bautismo se perdonan los pecados, queda sin embargo la inclinación al pecado que interiormente nos combate, y quedan también el demonio y la carne que exteriormente nos impugnan”<sup>17</sup>.

Junto al agradecimiento y la alegría por tantos bienes como nos han llegado en este sacramento, renovemos hoy nuestra fidelidad a Cristo y a la Iglesia, que, en muchas ocasiones, se traducirá en la fidelidad a nuestra oración diaria.

---

**Rev. D. Joan BUSQUETS i Masana (Sabadell, Barcelona, España) ([www.evangelinet.net](http://www.evangelinet.net))**

**«Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado»**

Hoy contemplamos a Jesús ya adulto. El niño del Pesebre se hace un hombre completo, maduro y respetable, y llega el momento en el que ha de trabajar en la obra que el Padre le ha confiado. Así es como le encontramos en el Jordán en el momento de empezar esta labor: uno más en la fila de aquellos contemporáneos suyos que iban a escuchar a Juan y a pedirle el baño del bautismo, como signo de purificación y renovación interior.

Allí, Jesús es descubierto y señalado por Dios: «Puesto en oración, se abrió el cielo, y bajó sobre Él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: ‘Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado’» (Lc 3,21-22). Es la etapa preparatoria del gran camino que está dispuesto a emprender y que le conducirá hasta la Cruz. Es el primer acto de su vida pública, su investidura como Mesías.

Es también el proemio de su modo de actuar: no obrará con violencia, ni con gritos y asperezas, sino con silencio y suavidad. No cortará la caña quebrada, sino que la ayudará a mantenerse firme. Abrirá los ojos a los ciegos y librerá a los cautivos. Las señales mesiánicas que describía Isaías, se cumplirán en Él. Nosotros somos los beneficiarios de todas estas cosas porque, como leemos hoy en la carta de san Pablo: «Él nos salvó, no por nuestras buenas obras, sino en virtud de su misericordia, por medio del bautismo regenerador y la renovación del Espíritu Santo que derramó abundantemente sobre nosotros (...). De este modo, salvados por su gracia, Dios nos hace herederos conforme a la esperanza que tenemos de alcanzar la vida eterna» (Tit 3,5-7).

La fiesta del Bautismo de Jesús debe ayudarnos a recordar nuestro propio Bautismo y los compromisos que por nosotros tomaron nuestros padres y padrinos al presentarnos en la Iglesia para hacernos discípulos de Jesús: «El Bautismo nos ha liberado de todos los males, que son los pecados, pero con la gracia de Dios debemos cumplir todo lo bueno» (San Cesáreo de Arlés).

---

<sup>17</sup> SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 3, q. 39, a. 5.